

CAPÍTULO VI

Después de Bailén

I

IMPOSIBLE sería describir la loca alegría de que se vió poseído todo buen español con la fausta nueva de la victoria alcanzada por Reding y Cou-pigny sobre las huestes del *Terror del Norte*. Veinte mil franceses se habían rendido y quedado prisioneros después de una capitulación humillante para todo general pundonoroso. Lo que no había logrado ninguna nación de Europa, á pesar de los inmensos recursos con que contaban todas las que guerreaban contra Napoleón I, lo había conseguido España: derrotar por completo las armas del Imperio, alcanzar un triunfo sin ningún equívoco, ganar una batalla al invencible Dupont, hacer morder de rabia los puños á los orgullosos generales bonapartistas, ocasionar un desastre *irreparable* á la política del tirano de Europa, y hacer ver que Napoleón podía ser vencido, escarnecido y humillado.

El efecto que la fatal noticia produjo en la corte afrancesada no es para ponderado. Resolvióse de momento emprender la retirada, pero precipitadamente, presos todos del más espantoso pánico.

De lo que se hablaba y se presumía podremos formarnos cargo tomando asiento á la vera de una mesa del café de la Corredera Baja de San Pablo, la tarde del 29 de julio de 1808.

—¡Señores, señores!—exclamó D. Cleto Ramírez

entrando sin poder resollar.—Hoy no me cabe duda alguna acerca de la retirada que van á adoptar los franceses. Ya saben Vds. que al lado de mi tienda hay la de ese vaciador gabacho de M. Laurent. Pues bien: todo es trajín hoy en aquella casa: han ido dos carros á cargar con los muebles y no han salido á comprar carbón para la semana, como solían hacerlo cada lunes.

—Pues yo, señores,—repuso D. Fabián Bonetillo, sastre de la calle de la Abada,—lo que sabré decir á Vds. es que hoy ha venido á pagarme la cuenta el mozo del portero de la intendencia de palacio, siendo así que le manifesté que no le pasaría á cobrar hasta Navidad.

—Más significativo es lo que he observado yo,—dijo D. Serapio Mollinedo, farmacéutico de la plazuela de los Mostenses;—el jefe de las cocinas de palacio ha estado en casa á buscar un gran frasco de antiespasmódico, y luego he visto que se dirigía á casa del guarnicionero de la calle Ancha y ha comprado dos grandes maletas.

—¡Pues es indudable! ¡Se van, se van!—exclamaron en coro los oyentes.

—¡Pero si no podía suceder otra cosa!—dijo á este punto nuestro amigo el capitán retirado.—¿Ustedes creen que esa batalla de Bailén ha sido un grano de

anís? Pues que se descuide Napoleón, que con un par de derrotas como la que le hemos causado, ya puede liar los bártulos y largarse á las Californias. ¡Si cuando leo el parte me parece que no puede ser tanta gloria! ¡Pensar que las aguerridas tropas del Imperio rindieron las armas á unos cuantos bisoños y á desordenadas masas de paisanos, de esos que Nicolás Tap y Núñez arrastró, con su impetuosa elocuencia, á empuñar el fusil! ¡Los vistosos granaderos de la gorra de pelo entregar su armamento á cuatro mozos sin uniforme en su mayoría! ¡Os digo que estoy que no puedo más de puro ufano y orgulloso por ser español! Y creedme, esta batalla se ha ganado sólo por nuestra fe y entusiasmo, pues en todo lo demás podía haber habido más disposición. Inferiores á ellos en la caballería y en el número de artillería, con Castaños que se equivocó al creer al enemigo en Andújar, y estuvo alejado, por consiguiente, del lugar de la acción, nada valió para que dejásemos de ganar. Está visto que la suerte nos protege.

—Los mayores elogios son para Reding y Abadía, —dijo un concurrente.

—¡Ya lo creo!—contestó el capitán retirado.—Como que ellos fueron los que contuvieron y rechazaron el ataque que dió al centro el formidable batallón de marinos de la guardia, es decir, el más valeroso y temible cuerpo del ejército francés.

Entró en esto el apreciable Galiano, que siempre traía noticias frescas.

—A ver, á ver, D. Antonio: ¿qué sabe V. de bueno?—exclamaron de varias partes.

—¡Amigos!—exclamó Alcalá.—¡Están robando cuanto hay de valor en los sitios reales para llevárselo esos infames! No queda en los palacios de Madrid, Aranjuez y Pardo ni una vajilla, ni una alhaja; pero, en fin, que se lo lleven todo mientras nos dejen en paz.

—Y ¿adónde va Botellas?

—Dicen que en el consejo celebrado se ha acordado seguir el dictamen de Savary, que opina se retire detrás del Ebro. Entretanto los manchegos no se descuidan, y sorprenden á cada momento destacamentos y convoyes. Las tropas de Monsey se han reconcentrado, y ahora vengo del Retiro, donde he visto que estaban clavando cañones y más cañones.

—La del humo, y que le acompañen á Pepe Botellas todos los traidores que le han hecho *rendibú*.

—Esos se quedan casi todos.

—¡Cómo! ¿No le acompañan el duque del Infantado, el del Parque, Ceballos y *tutti quanti* se decían sus amigos?—exclamó un ex apuntador de la ópera.

—No parece que piensen moverse de aquí,—repuso Galiano.

—¡Pues son unos inconsecuentes y unos desleales en no seguir en la adversidad al que acataron como su rey!—exclamó el retirado.

—¡Mejor, capitán, mejor! Todos esos tendremos de más de nuestra parte.

—No nos hace falta su compañía; pero ahora, como ven que ganamos, querrán venirse con nosotros, adoradores del sol que más calienta.

—Crea V. que no es eso, mi capitán: ellos han sido siempre buenos españoles, y si han figurado como adictos á Napoleón, ha sido por puro compromiso.

—¡Quiá, quiá! ¡A mí con esas! Se quedan por miedo de que no les cojamos prisioneros en la próxima batalla y no les hagamos morcilla. No fio yo en ninguno de esos patriotas del día siguiente.

Iba subiendo por grados el calor de la discusión cuando entró un nuevo parroquiano y exclamó:

—¿No sabéis los apurós que están pasando en palacio? Se han largado todos los criados, y están allí, solos, solos, sin saber cómo componérselas para cargar los equipajes y disponer lo necesario para el viaje. ¡Valiente chasco les han dado á los palaciegos! En medio de todo es un consuelo que ningún criado español haya querido seguirles.

Los dos días siguientes se pasaron de igual manera, y el 31 salió José Napoleón de la capital, doce días después de ganada la gloriosa batalla de Bailén.

II

El 1.º de agosto presentaba Madrid un aspecto de alborozo no visto desde muchísimos años. La multitud invadía calles, plazas y paseos, embargada de júbilo y loca de alegría con la partida de los odiados franceses.

El sitio de mayor concurrencia era el Prado. Figúrese el lector aquel anchuroso paseo lleno de hombres, mujeres y niños, todos vestidos de fiesta, confundido el marqués con el menestral y la manola con la duquesa, cantando, silbando, gritando y rien-

do todos. Aparecían confundidos en revuelta confusión las blancas mantillas de las majas con los sombreros de picos. Alguna atrevida cabeza masculina ostentaba lo que después hubo de llamarse *chistera*, pero no como las vergonzantes y homeopáticas de nuestra edad, sino de una forma descomunal, gigantesca, con alas de condor y copa bastante en que apagar su sed, á verse llena, una compañía de granaderos; verdaderos campanarios implantados sobre un chambergó. Topábanse de manos á boca toreros y marqueses, que ya entonces eran dos clases inseparables, y juntos metían bulla, persiguiendo á las saladísimas españolas recalitrantes. Gritábanse buñuelos, horchata de chufas, agua fresca y *limonás*, y todo eran abrazos, gresca, rebullicio y patriótica efervescencia. En esto, y en medio de la zambra que allí reinaba, acertó á pasar un piquete de franceses rezagados que corrían á juntarse con los suyos, tropa de muchachos sucios y mal vestidos con unas chaquetillas de color claro que usaba aquella infantería; «gente nada lucida, aunque valiente y temible en las batallas,» dice Galiano.

No faltó entre la alegre turba del Prado quien desease jugarles una mala pasada, promoviendo algún alboroto para que el pueblo los embistiese; pero pudieron salir del paso con sólo los oídos atornados por silbidos y risotadas, y por descargas cerradas y fuego granizado de pullas, insultos, rechiflas, chuladas, motes, dicharachos, maldiciones y amenazas, procedentes en gran parte del cuerpo de manolas de Lavapiés, representado allí por sus más famosas heroínas.

De todas partes salía la misma canción, de suerte que, á juzgar por la unanimidad con que se entonaba, parecía que no conocían en Madrid otra música que aquélla. Era la coplilla famosa de:

Ya se van los franceses,
Larena.
Matan los piejos
Juana y Manuela.
Matan los piejos,
Prenda.
Y el general les dice,
Larena,
Que son conejos,
Juana y Manuela,
Que son conejos,
Prenda.

Un grupo inmenso que cantaba á una voz *Juana y Manuela*, cuya melodía, en honor á la verdad, no era superior á la letra, dirigióse hacia el Retiro, convertido en ciudadela por Savary. Las obras empujadas y ya destruidas, mostraban que el general francés había pensado convertir aquel sitio, que tan perfectamente domina á Madrid, en fortaleza formidable. Encontráronse municiones de guerra en abundancia y muchos viveres y vino, aunque mucho menos de lo que existía poco antes, pues los franceses habían arrojado al estanque gran número de cajas de fusiles y habían procurado inutilizar las provisiones. Con todo, quedó bastante vino aún para procurar algunas borracheras, que fueron tomadas en un principio como envenenamientos y estuvieron á punto de producir un día de vergüenza, pues creído el pueblo de que los franceses habían emponzoñado el mosto, se disponía á pasar á cuchillo á los simpatizadores de Francia que quedaban en Madrid. Afortunadamente los borrachos vieron desaparecer todos los síntomas de envenenamiento después de algún esfuerzo de la naturaleza para extraerles el exceso de líquido introducido.

Con todo, se veía que el pueblo tenía ganas de hacerle pagar á alguien el mal humor pasado y que le dominaba la idea de vengarse bien ó mal de los que le habían dado motivo para ello con los inicuos asesinatos del 2 de mayo.

III

En medio de todo esto, Antonio y Leonor se encontraban en la plenitud de la dicha. La audacia de que dió pruebas en la tentativa de la calle del Sacramento había aumentado más aún el amor de la dama, que, como todas las mujeres, gustaba de las acciones valientes y de los alardes de heroísmo. El duque había quedado en Madrid, receloso de que siguiendo á José Napoleón no le fuese confiscada la fortuna en caso de triunfar las armas españolas.

Los dos amantes se veían cada noche, y no faltaban á sus paseos por Atocha, dándose el placer de salir del brazo en traje de majos. Instintivamente la aristocracia de aquella época seguía la corriente democrática, tendiendo á confundirse con el pueblo. Por otra parte, Antonio, que tenía mucho gusto, prefería ver á la duquesa vestida con el pintoresco traje de las heroínas de D. Ramón de la Cruz que no

siguiendo la moda francesa, que empezaba ya á invadir el gusto español. Estaba en auge entonces el traje llamado *griego*, por ser una parodia del que usaron las contemporáneas de Pericles: el cuerpo, en vez de acabar en la cintura, finía á corta distancia de los hombros, alterando la proporción de la figura. Menos clásica y más nacional, era preferible á la vista la basquiña manola, de paso ó de medio paso, que se ajustaba estrechamente al cuerpo convirtiéndose en velada estatua á la mujer. Además (¡horroriza el pensarlo!) estuvo entonces á la orden del día el uso de las pelucas para las señoras, cuando ya había renunciado á ellas el sexo fuerte, llevándose redondas y arregladas al gusto griego. Antonio fué de parecer que valía más el peinado español, con sus caracoles, anillos y ensortijados rizos, que no el afectado producto de los *artistas en pelo*.

El duque no cuidaba para nada de lo que pudiese hacer su mujer. Viejo, escéptico y cobarde, contentábase con percibir los rendimientos de las posesiones de la duquesa; é incapaz de llevar á cabo ningún proyecto que exigiese resolución ó pudiese comprometerle, aceptaba admirablemente el triste papel que representaba, fingiendo no ver nada de lo que ocurría. No era ilustrado, ni diestro, ni astuto, ni probo: era un magnate como no suelen escasear en ningún tiempo, á quienes sólo halaga el oropel de los altos cargos y para quienes la suprema felicidad consiste en poder frecuentar las antesalas de palacio y doblar la espina dorsal al paso de los reyes.

Ocurrió entonces un suceso que hizo cambiar de faz las relaciones de los dos enamorados.

Era el duque grande amigo de un tal D. Luis Viguri y estaba con él una tarde. D. Luis había sido intendente en Cuba, y la voz pública le acusaba de haber tratado de seducir en otro tiempo á un dignísimo coronel de caballería para que exigiese, por medio de un pronunciamiento, la abdicación de Carlos IV y el nombramiento de Godoy como regente del reino, cuyo plan, según voz y fama, contaba con todo el apoyo de María Luisa.

Viguri hubo de maltratar á un negro que se trajo, por criado, de la Habana; y el vengativo esclavo, clavando en él una mirada que causó espanto á su dueño y al aristocrático duque que se encontraba con él, lanzóse á la calle y á grandes voces empezó á acusar á su amo.

—¡A mí, vecinos, que me quiere matar Viguri porque no quiero decir *Muera Fernando!* ¡Corred, que está tramando una conspiración para hacer volar la corte!

Asomáronse al balcón Viguri y el duque, y éste, al ver la turba amenazadora, escapóse valerosamente por el jardín. Viguri, en cambio, quedóse donde estaba, procurando que el pueblo se convenciera de la calumnia del esclavo; pero á los pocos instantes vió la estancia invadida por la multitud, que se precipitó sobre él y le dejó cadáver, cosiéndole á puñaladas. ¡El infeliz fué luego arrastrado con una cuerda al cuello por las calles de Madrid!

Llegó el duque á su casa desfavorido y aterrado: abrasábale la fiebre y deliraba. Corrió la duquesa, y á la noche había ya fallecido. No pudo la dama llorar la muerte del que había sido para ella el simple usufructuario de sus bienes, y sólo por las conveniencias sociales vistió de negro luto.

IV

Nunca había estado más interesante que entonces la hermosa viuda, ni tampoco mostrábase más enamorada para con su amante.

Muchas fueron las visitas de pésame que recibió, y pronto se mostró más asiduo de lo que convenia un cierto marqués de la Flor del Valle, patriota exaltado y famoso corredor de aventuras.

D. Leocadio de Sotomayor Mosquera de los Rios era celebrado como uno de los más ilustres aficionados al arte de Pepe-Hillo y Costillares. Decía mal de Isidoro Máiquez, había más de una vez dado celos á Godoy, maldecía la revolución francesa y frecuentaba todas las funciones de la iglesia. Odiaba á Jovellanos y ponderaba á Floridablanca. Defendía á Escoiquiz y aborrecía el *Semanario patriótico* de Quintana. Era popular por su españolismo, admirado por su destreza torera, temido por sus triunfos en las lides amorosas y respetado como riquísimo ganadero y propietario. Parecía la encarnación de la España borbónica y rutinaria, apegado al absolutismo y enemigo de toda reforma. Era de buena figura, aunque de duro semblante y descompasados gestos.

La duquesa se sintió molestada por las frecuentes visitas de D. Leocadio y dió orden de no pasarle.

recado en lo sucesivo cuando se presentase el marqués.

Por dos veces recibió éste una negativa al pretender ver á la duquesa.

Antonio Albenza y él se encontraron una noche en cierta tertulia de una generala viuda que abría sus salones á todo el que se preciase de admirador de su difunto esposo, ministro de marina en tiempo de Carlos III.

Una noche, á primeros de agosto, pocos días después del asesinato de Viguri, se encontraron Albenza y el marqués de la Flor del Valle en un corro formado de partidarios del Consejo de Castilla y de otros que opinaban por que se encargase del gobierno de España una Junta Central.

Los ánimos estaban acalorados y hablábase violentamente en uno y otro sentido. No había dicho todavía nada el pintor, cuando el marqués se levantó, y, encarándose con él, exclamó:

—No puedo contener mi cólera al considerar cuán indignos son de llamarse buenos patriotas esos ambiciosos que quieren escalar los puestos que jamás hubieran soñado en ocupar á no haberse venido abajo la sabia distinción de clases que por tantos años ha sido el firme baluarte de la religión y del buen orden del Estado. ¿Quién será bastante insolente para negar al supremo Consejo de Castilla el derecho y la necesidad de regir los destinos de la monarquía en la ausencia del rey? ¿Se quiere que á aquellos rectos y nobles varones suceda el gobierno de cuatro descamisados que intentarían declararse en convención y renovar los horrores del 93? Menguados y traidores, quieren aprovecharse de la viudez de la nación para apoderarse del poder, como otros miserables, causantes tal vez de la viudez de egregia dama, intentan sorprenderla y apoderarse de su mano para ser dueños de sus riquezas. A esos debería entregárseles á Cuesta para que les enseñara á respetar lo que no son dignos de mirar siquiera.

—Yo soy enemigo del Consejo de Castilla, defensor de las Juntas populares y amante de una dama viuda, —respondió Antonio poniéndose en pie,— y digo que los que quieren el gobierno del Consejo de Castilla son unos viles secuaces de la ineptia y la cobardía; que los que atacan las Juntas populares son serviles instrumentos de Bonaparte; y que los que digan que me mueve en todas mis relaciones

otro interés que no sea honrado y puro, son unos malos caballeros y mienten como unos bellacos. En cuanto á Cuesta no merece más que mi desprecio, aunque menos del que me merecéis vos.

El marqués y Antonio, con las manos crispadas, los ojos echando fuego y la cara lívida y descompuesta, parecían querer arrojarse uno sobre otro.

—¡Salid!—exclamó el marqués.

—¡Vamos!—contestó Antonio.

Fueron tras ellos un guarda de corps y el capitán de walonas Desmaisieres.

Los cuatro llegaron junto al palacio de San Juan.

Desmaisieres había ido á buscar pistolas y espadas.

Se convino en que el duelo sería á muerte.

Fueron elegidas las espadas.

Los testigos hicieron la señal, y al cabo de un minuto D. Leocadio caía en tierra con el corazón atravesado.

V

—Huye, huye al momento,—le dijeron á Antonio los dos militares.—Por más que la razón estuviera de tu parte, no dejarán de perseguirte sin descanso.

Antonio dirigióse apresuradamente al palacio de la calle de las Huertas.

La duquesa había tenido ya noticia de lo sucedido y estaba medio muerta, esperando saber el desenlace.

—¿Tienes un sitio seguro donde esconderte?—preguntó ella.

—Cuantos quiera.

—¡Ay! ¿Y estaré sin verte hasta que puedas salir sin temor? No, yo no podría. Quédate aquí. Sitios hay inaccesibles. Yo respondo de tu vida.

—¡Dichosa suerte! ¡Estar día y noche á tu lado!

Á las pocas horas, una ronda fué á practicar un registro en casa de la duquesa, sin poder dar con el matador.

La noticia de la muerte del de la Flor del Valle causó gran sensación en Madrid, donde, como hemos dicho, era adorado por el pueblo bajo por sus ideas absolutistas; pero á los pocos días se olvidó el suceso por otro acontecimiento más llamativo, cual era la entrada de las tropas valencianas, mandadas por el caballeroso y adorado general Llamas. Iban vestidos los soldados con los zaragüelles de su país;

cubierta la cabeza con monteras, en que llevaban pegadas estampas de santos; embarazados con mantas, fajas, escapularios, navajas y pistolas; desgredados y sucios. Presentaban la mayor parte un aspecto feroz, indisciplinados y amenazadores, cual los antiguos almogávares. Jamás se vió tal contraste entre un general y su ejército. Los madrileños perdieron un poco la ilusión, recordando estremecidos los sangrientos episodios, los horrorosos y terribles asesinatos acaecidos en Valencia cuando el levantamiento.

Aumentó de punto la desazón causada en la capital por los vencedores de Moncey un asesinato cometido al día siguiente en la plaza de la Cebada, terminado también por el arrastramiento del cadáver. Por de pronto nadie supo decir más sino que los valencianos se habían alborotado y habían muerto y arrastrado á un hombre, y que, al presentarse el general Llamas para impedirlo, no sólo le habían desobedecido sino que había oído á su vez amenazas de muerte.

¡Ah! Era que otra vez la fatal Juanilla había ocasionado desventuras y duelos. El infeliz era su último amante, un buen patriota, cegado por los infernales atractivos de la gitana. La infame criatura había exigido de él, con irresistibles mimos, que fuese á encontrar á los provinciales para Inducirles á recibir á tiros á los andaluces cuando llegasen, tachando á Castaños de desafecto á la causa del rey y propalando que estaba en tratos para colocar en el trono al príncipe Leopoldo de Sicilia, que había, y era verdad, desembarcado á la sazón en Gibraltar, tratando de hacer valer sus lejanos derechos á la corona. Los valencianos, llenos de ira al oír tales propuestas contra el vencedor de Bailén, dieron muerte al desventurado instrumento de la malvada espía. Juana contaba con elevadas protecciones del Consejo de Castilla y sabía disfrazar perfectamente su oficio.

El 24 de agosto hubo un espectáculo más grato. Á las ocho de la mañana hizo su entrada triunfal, penetrando por la puerta de Alcalá, el ejército de Andalucía.

El entusiasmo no conoció límites al ver á los que habían libertado del yugo napoleónico á la capital. Precedía á las tropas de línea el escuadrón de lanceros de Jerez de la Frontera. Largos años hacía que no estilaban los soldados de caballería española

lanzas ni corazas, pero en cambio las habían visto llevar á los franceses. Los jerezanos creyeron que las garrochas ó picas que se usan en las corridas de toros serían adecuadas para vencer á las lanzas polacas, y así sucedió, efectivamente, en Bailén, donde fueron ensartados en las garrochilanzas gran número de enemigos. Distinguíanse, además, los jerezanos, por sus agudezas, dichos, gracias, chistes y saladas ocurrencias; de modo que sembraron por do quier la alegría y buen humor. Seguía detrás la infantería de línea con sombrero apuntado, de pequeño tamaño. Eran todos soldados bisoños, casi tímidos, poco formados, de mediana apariencia, causando con esto mayor sorpresa el que aquellos imberbes y desmedrados soldaditos hubiesen aplastado y destrozado en toda la extensión de la palabra á los aguerridos, expertos y gigantescos veteranos de Dupont. Llamó también la atención, y fué aplaudida con estruendosas demostraciones de alegría y gratitud, la admirable artillería española, que escribió en Bailén una de sus más sublimes páginas de gloria, prestando inestimables servicios y dando pruebas de un acierto y bizarría tales que tal vez de ellos dependió el buen éxito de la batalla.

Inmensas aclamaciones de entusiasmo excitaron Castaños, Reding, Abadía, La Peña y Cruz, no menos que el bizarro y denodado coronel Soler, con su regimiento de las Ordenes.

Aquel fué un día de santo júbilo y conmovedora alegría en la capital de España. Castaños mostróse modesto, afable y complaciente, siendo festejado en primer lugar, aunque gran parte del público atribuía mayores méritos al bravo Reding, que no aceptaba en manera alguna otro papel que el de subordinado y admirador del general en jefe.

Y, sin embargo, se olvidaba de que sin los esfuerzos de NICOLÁS TAP la Junta de Sevilla no hubiera dispuesto de los numerosos contingentes que puso á las órdenes del vencedor de Bailén.

El mismo Castaños repugnaba en un principio tomar el mando, y nadie supo que quizás cedió á las súplicas de buenos amigos suyos, entre otros del comandante Méndez.

VI

El asunto de la forma de Gobierno legal que cumplía tuviese la nación, siguió siendo el tema de

todas las conversaciones, una vez aplacado el entusiasmo producido por la entrada de las tropas. La tendencia de los madrileños era tal vez en su generalidad favorable á que el Consejo de Castilla se arrogase la dirección del Estado, pero en cambio era grandísima la irritación de las provincias contra tal idea, sin que esto sea decir que no hubiese también en Madrid quienes fuesen de igual sentir.

—¡Cómo!—exclamaba D. Cleto en el café.—¿Se negará al Consejo de Castilla la alta sabiduría, el venerando prestigio de que viene acompañado desde siglos? Desengañense Vds.: la única autoridad estable y digna es el Consejo, y á él debemos reconocer como único poder del reino.

—¿Qué dice V. á eso, D. Antonio?—preguntóle el capitán á Galiano.

—Señores,—contestó el imberbe mozo;—créome sin título alguno para dar un dictamen sobre tan grande asunto, que dejo diluciden Vds. como más formales y graves.

—No, señor; y ahora sabrán todos que V. ha rechazado con nobles palabras y enérgica resolución el empleo que le había ofrecido el ministro Azara, desafiando V. la malevolencia que le tiene por tal desaire y despreciando las amenazas que le hizo. Por consiguiente, quien tales pruebas de españolismo ha dado, y quien tan dignamente ha cumplido á pesar de sus pocos años, bien puede decirnos qué piensa acerca del Gobierno por que ha de regirse la nación.

—V., mi capitán, se ha empeñado en hacerme aparecer como un héroe por fuerza; pero ya que todos me lo piden, diré mi opinión lisa y llanamente.

Hay que saber que Alcalá Galiano era considerado como un oráculo en el café de la Corredera Baja.

—Hable V., hable V.,—exclamaron muchos concurrentes.

—Mi opinión, señores, es la de que el Consejo de Castilla no está, y mucho menos ha demostrado estar, á la altura de las circunstancias. El Consejo de Castilla es una institución, si bien antigua, con todo favorecida, organizada y robustecida por Felipe II. Esto basta para juzgarlo. Compuesto de abogados y jurisperitos, ni ha dado jamás señales de esa sabiduría que se le atribuye ni ha merecido más que censuras en todo tiempo por su apatía, ineptia y descuido. Por lo que mira á su comportamiento con el

rey intruso, todos á una creo lo censuraréis acerbamente por tímido y solapado. Pero no escuchéis mi dictamen: oíd lo que las Juntas provinciales le escriben al Consejo Real. La de Galicia *tacha á cada consejero de afrancesado*, y al cuerpo en pleno de ser *vil instrumento del usurpador*. Palafox contesta á la intimación que recibió para que se acercase á Madrid á esperar órdenes, que *«el Consejo no ha llenado sus deberes.»* La Junta de Sevilla manifiesta que ese tribunal *ha obrado contra las leyes fundamentales, que ha facilitado á los enemigos todo género de medios para enseñorearse de España, que es una autoridad nula é ilegal y que hay sospechas de que haya cometido acciones horribles y delitos atroces contra la patria*. Conque ya veis cómo consideran las beneméritas Juntas al Consejo, que tantas simpatías alcanza aquí.

—Pues ¿quién ha de mandar, pardiez?—exclamó D. Cleto.

—¿Mandar? Que mande cada uno en su provincia ó reino y se reuna luego una junta de todas; es decir, que se forme una federación nacional,—dijo un señor riquísimo propietario de Castilla.

—Esa idea es la de muchos; pero, aunque no la rechazo, sería preferible que se convocasen Cortes,—dijo el futuro astro del Parlamento.

—Eso sería lo mejor, sin duda,—contestó otro,—pero el estado del país es poco á propósito para que se verifiquen unas elecciones con libertad y conciencia.

—Pero, señores, ¿están Vds. dejados de la mano de Dios permitiéndose hablar así?—exclamó acongojado el mozo que les servía el café y que estaba con el alma en un hilo desde que empezó la conversación.—¿No saben Vds. que está prohibido severamente decir mal de la Junta, que han quitado la libertad de la imprenta poniendo los diarios como estaban antes, que la *Gaceta* misma no sale ahora más que dos veces á la semana en vez de cada día, que han puesto presos á algunos que tenían proclamas de la Junta de Sevilla y que cuentan con Castaños, con Llamas, con la Peña y con Cuesta para imponerse?

Mientras esto decía el mozo, entró un joven y le habló con animados ademanes á Galiano, que contestó así:

—Cuando Moratín escribió *La Comedia Nueva* creó un tipo de mozo de café que deberías imitar

en lo gracioso, ya que tanto te pareces á él en lo crédulo. Se me da una higa de cuanto pueda intentar contra mí el Consejo, al cual deseo tan sólo una buena muerte. Verdad es que quisieron conquistar á Castaños, pero el astuto zorro comprendió que le era preferible estar bien con las Juntas que no con el Consejo de Castilla. D. Gregorio es el único con quien contaban, creyendo le nombrarían general en jefe, en recompensa sin duda de los descalabros de Cabezón y Rioseco, que no serán los últimos que experimente; pero todos sus enredos, todas sus engañosas, todas sus ambiciones, han quedado ya frustradas. Enhorabuena prenda y encarcele el derrotado de Rioseco, el inepto general de Cabezón, á los dignos diputados por León que iban á representar á su reino en la Junta Central: también le llegará á Cuesta el turno de que le arresten y encarcelen por arbitrario y desacertado. Sí, señores,—repuso cobrando bríos el joven orador;—ha cesado ya en España el régimen absolutista, con sus miserias y sus vergüenzas: la nación tiene un Gobierno digno de representarla: acabóse para siempre el favoritismo y el reinado de las camarillas. Los diputados por las Juntas de provincia reunidos en Aranjuez han procedido al nombramiento del Gobierno supremo. Ya no será posible que renazca el escandaloso despotismo de un Godoy, y sepa Fernando VII que tendrá que reconocer los derechos de los españoles ó que no se le consentirá que reine. Con la guerra por su independencia confundeu ya los ciudadanos la guerra contra la tiranía. Señores: ¡viva la soberanía nacional! ¡viva la majestad de la Junta Central!

Muchos concurrentes contestaron á los vivas: otros, como D. Cleto, se marcharon del café demostrando grande enfado y mal disimulado despecho.

VII

Quedaron sólo los liberales, que no se cansaban de pedir á Galiano que siguiese hablando. El joven continuó su peroración por largo espacio de tiempo, y salieron luego todos del local ponderando la elocuencia arrebatadora é inflamada del futuro héroe de la Fontana de Oro.

En tanto que esto sucedía en Madrid, Albenza debía esquivar las persecuciones alguacilesas y semiridículas de que era objeto. El principal motivo por que la sociedad de *los Justicieros* había querido con-

tar entre sus afiliados á Antonio era por el odio al Gobierno de Madrid y para efectuar el rapto de José. La Junta Central, aunque formada de elementos discordes y antitéticos, era, sin embargo, un gobierno legal. José Napoleón se había retirado al otro lado del Ebro, y por lo tanto la sociedad creyó del caso disolverse, ya que no se había creado más que con aquellos dos objetos. Nada retenía, pues, en Madrid, al pintor, antes bien le convenía huir para esquivar la persecución. No quería ir á Cádiz por estar allí Matilde, y, tocante á Rosario, podría quedar sin duda en las Salesas hasta que hubiese pasado todo peligro. En cuanto á la duquesa, iría siempre do quiera que Antonio fuese.

Resolvió, pues, salir de Madrid y trasladarse á Tarragona, puerto libre desde cuyo punto era fácil dirigirse á cualquier parte que conviniese, y donde quizás también podría prestar su cooperación á nuevas empresas para combatir el poder francés.

No tenía noticia alguna de Méndez, que estaba en Inglaterra, ni de Espinosa, que seguía cautivo en el Báltico. Desde Tarragona le sería fácil comunicarse con el primero por medio de los buques ingleses que anclaban en la bahía.

Sobre todo, estando lejos de Madrid, podría sustraerse á la íncesante persecución con que no cesaban de hostigarle los deudos del marqués de la Florida del Valle, entre los cuales se encontraba Floridablanca, el presidente de la Junta Central, de cada día más intolerante, más vengativo, más dado á las arbitrariedades y más agrio y destemplado contra los liberales, á pesar de haberlos en el seno de la corporación tan eminentes como Jovellanos y Quintana; pero Floridablanca, con todos sus ochenta años, no había perdido la afición á las violencias y á los actos de fuerza y estaba deseoso de poder sentar la mano á Albenza.

Salió, pues, éste de Madrid, disfrazado de labrador, y aguardó á la duquesa pasado Aranjuez. Embarcáronse en Valencia, y á primeros de setiembre desembarcaba en el muelle de Tarragona.

Conviene decir aquí que Rosario había recibido en el convento numerosas cartas en que se le mostraba apasionado y ardiente amor, las cuales entregó á Antonio al despedirse de ella para Tarragona. Antonio tuvo muchas ocupaciones y olvidó enterarse de aquella correspondencia.

Al llegar á la antigua capital romana apareció el

paquete de cartas. La duquesa pareció inmutarse algo, y, al preguntarle Antonio qué era lo que había motivado su impresión, respondió:

—Es letra del marqués.

—¡Ah! ¿Conque el miserable quería manchar mi nombre y robarme tu amor? Ese sería, sin duda, el motivo por que me dijiste que encerrase á mi hermana en un convento.

—Sí, estaba ya preparado todo para arrebatársela de tu casa. La doncella de Rosario estaba vendida á Flor del Valle.

—¡Lástima que no tuviera dos vidas, para arrancárselas una tras otra!

—Hacía mucho tiempo que pretendía galantear á tu hermana. Al ver el desdén con que ella le trataba, sintió profundamente herido su intratable orgullo y juró vengarse. Cuando Rosario fué á Sevilla, él la siguió hasta allí; pero iban también detrás de él dos hombres de mi confianza que le vigilaron noche y día y le estorbaron todos sus intentos. No pudiendo vengarse de ella, quiso vengarse en ti, fingiendo aparecer como tu rival; necio pretexto, sabiendo el marqués, como sabía, que yo estaba en el secreto de su casamiento con cierta condesa cargada de años y riquezas.

—¡Cuántos beneficios te debo, vida mía!—contestó Antonio.—¡Mi honor, mi vida, mi felicidad, todo te lo he de agradecer! Tú has sido el ángel que ha velado por mí y por mi pobre Rosario. Sin ti, ¿qué hubiera sido de nosotros?

—Nada me debes: yo soy quien jamás podrá demostrarte hasta qué punto llego á adorarte. Buscaba un hombre y lo encontré. ¿Qué mayor dicha? En aquella corte de Godoy, donde todo estaba corrompido, donde no se oyó jamás una frase levantada ni se vió una frente en que brillase el genio; entre aquella turba de adúladores cortesanos de Fernando y de

estúpidos paniaguados del favorito; en aquella atmósfera de bajezas, prostituciones y trampas; en aquel ambiente que asfixiaba; te vi lleno de noble fuego, apasionado, caballeresco, leal y digno. Comparados contigo los demás, parecían hombres sin vida, cuerpos sin espíritu, seres sin inteligencia. Vagabas como alma en pena del ideal que buscaba lo que buscaba también yo, un ser que vibrase y se elevara. Al punto sentí que me moriría de desesperación si no me amabas; comprendí también que yo tal vez podría hacerte feliz amándote. Nada notaste, pero yo veía que á ninguna mujer hacías la corte, y nadie supo decirme tampoco que hubieses tenido amores. Entonces me animé, cobré esperanza: si tú amabas á alguien, debía ser un puro delirio juvenil. Perdóname, y no me taches de sobrado materialista; pero los engendros de la mente no resisten á la piedra de toque de la realidad. Si algún amor albergabas, era en lo más hondo y recóndito de la cabeza, pero no sentías nada en tu corazón. Viendo que no venias á mí, yo fui á tu encuentro. Ahora, ¿quién es más feliz que nosotros?

—¡Demasiado! ¡Parecíame un sueño tanta dicha!

—Sueño será por lo breve de la existencia; pero cuando me siento estrechada contra tu corazón, haré advertirte que no es soñada esta felicidad.

Los dos amantes veían dilatarse ante ellos horizontes sin límites de dicha, como los del mar que murmuraba blandamente á sus pies.

En tanto que la duquesa, radiante de hermosura, y Antonio, ebrio de placer, eran tan felices, Florida-blanca se tiraba de los escasos pelos que le quedaban cada vez que pensaba en que Albenza se le había escapado. Con todo, el buen conde tenía tratamiento de alteza y cobraba 120,000 reales que era un gusto.





LIBRO CUARTO

LA RETIRADA DE LOS DIEZ MIL

CAPÍTULO PRIMERO

Idilio

I

AL pie de una verde colina cubierta de bosques de abedules y coronada por feudal castillo, á una legua del mar, rodeado de frescas praderas, circuido por una playa de rojiza arena y reflejando en sus profundas aguas la esmeralda de los árboles y el suave azul del firmamento, contempla el viajero que atraviesa la isla de Fionia el tranquilo lago de Odensee.

Estamos á primeros de mayo de 1808. Una vaporosa bruma envuelve el bosque y se cierne sobre el lago. El sol del Norte filtra sus rayos al través de la impalpable niebla, y poco á poco, á medida que avanza en su carrera, desgarrá la gasa húmeda y diáfana que encubre el silencioso paisaje y van apareciendo con sus dulces y suaves tonos el verdor de los árboles y el azul cristalino de las aguas.

Corros de pescadores, envueltos en tupidos capotes y cubiertos con gorros de piel de nutria, tienden las redes, y con monótono cantorrio recogen luego la sabrosa pesca.

Blancos cisnes se deslizan por la argentada planicie del lago, en plena libertad, sin temor alguno. De vez en cuando una oca salta en el agua desde el inmediato nido, bañando su fino plumón en las orillas. Bandadas de perdices y de tordos, de becasas

y de palomas torcaaces, cruzan por los aires y dejan oír su breve arrullo.

Por los senderos vecinos resuena el trote de vigorosos caballitos, mientras que rebaños de bueyes y carneros, también de pequeña talla, pacen la abundante yerba de las praderas y colinas, sembrando de blancas manchas el fondo rojo y verde de los espesos bosquecillos.

Al mediodía apareció el lago en toda su graciosa extensión. Las barcas amarradas en las orillas surcaron sus aguas en diversos sentidos, tripuladas por los robustos pescadores. Desde la playa veíanse desaparecer en las ensenadas y doblar los cabos las redondas popas pintarrajadas. Subían de todas las cabañas nubecillas de blanco humo. Oíase el martilleo de una herrería, el golpear de los calafates, las voces de los jayanes que tiraban de las redes. Mezclaban sus rumores al alegre concierto el chirriar de las carretas, los aletazos de los molinos de viento, el susurro de las blandas olas y el eco lejano de los hachazos de los leñadores.

Reinaba en la playa alegre animación. La primavera del Norte prestaba sus encantos á los reflejos del lago y á la transparencia del cielo. Las pescadoras llevaban ramos de blancas rosas en el seno. Los

hombres habían colocado en sus velludas gorras plumas de verdes matices.

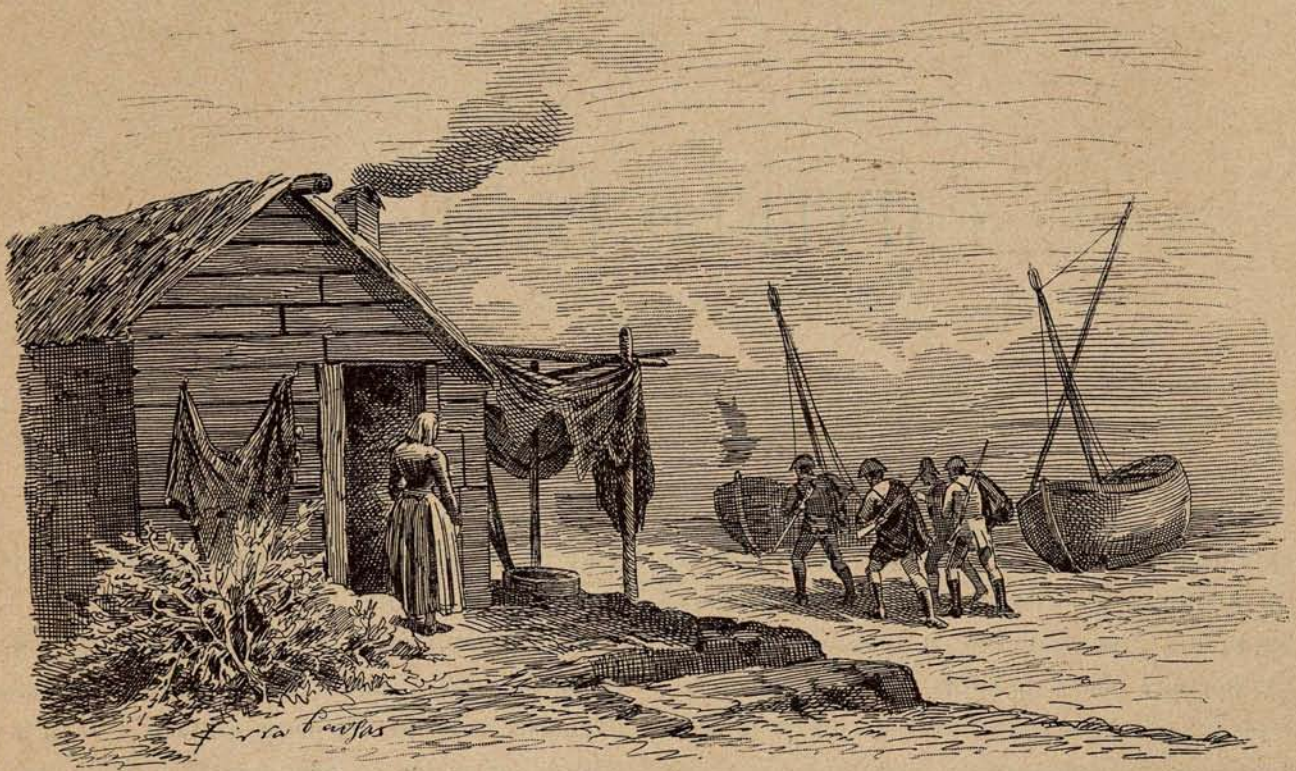
Oyéronse resonar en el bosque cinco ó seis detonaciones y aullidos de perros. Los pescadores cesaron en su faena, atentos á quiénes podrian ser los cazadores, y vieron al poco rato bajar por la colina á cuatro apuestos jóvenes. Iban con gorras escoesas, envueltos en capotes grises, y dejaban ver sus azules casacas por debajo de los abrigos.

—Serán oficiales de tropa española,—se dijeron los marinos.

Pronto los cuatro expedicionarios estuvieron en la playa, dirigiéndose hacia ellos la gente allí ocupada.

Curiosas, como en todos los grados y latitudes, miraban las rubias doncellas dinamarquesas á los extraños visitantes con asombrados ojos y no disimulada simpatía.

Uno de los cazadores dejó entender que desearían



Pronto los cuatro expedicionarios estuvieron en la playa...

dar alguna satisfacción al apetito que todos traían, y al punto un rudo marinero de atezado rostro y relucientes ojos les condujo á una cabaña próxima.

II

Era ésta un edificio de puntiagudo techo, construido con tablas de haya embreadas. En un ángulo, el hogar, rodeado por un semicírculo de calcinadas piedras y coronado por una vasta chimenea de campaña, lanzaba rojizos resplandores, cociéndose á la lumbre la pobre comida de familia.

La cabaña estaba desierta. El pescador buscó provisiones en la alacena y presentó á los hambrientos viajeros jamón de Jutlandia, platija seca, queso, pan de avena y whisky. Brillaban á la luz del fuego

los jarros y cacerolas de estaño, cual si fueran de oro, despidiendo claros reflejos. El olor de la brea y la resina de los añejos troncos que ardían en el hogar prestaban á la choza marcadísimo carácter marítimo.

El ajuar de la cabaña era tan sencillo como pintoresco. Colgaban de las paredes artejos, utensilios de cocina, algas, caracoles, capotes, remos y bocinas. Esparcidas por el suelo veíanse jarcias, herramientas, brújulas y artefactos navales. Colgaban del techo varios modelos de barcos y una vieja linterna de madera. En un rincón, una ancha tarima cubierta de paja y musgos daba indicios de constituir la cama del pescador. Una tosca mesa, una alacena, un banquillo y varios escabeles ocupaban el resto de la habitación. En uno de los lados una

bandera danesa, colocada á guisa de cortina, ocultaba algo reservado á las miradas indiscretas. La choza recibía luz y ventilación por una ventana practicada en el techo.

Los cazadores dejaron las escopetas en un rincón, aquietaron á los perros que llevaban, y dieron cuenta en pocos minutos de las provisiones del pobre pescador, que no habían bastado á saciar su hambre; pero les consolaba la idea de que tal vez podrían participar de la comida de su huésped, cuyo exquisito olor les aumentaba aun más el apetito. El digno dinamarqués les invitó, en efecto, á quedarse á comer con su familia, que no dejaría de proporcionarse mariscos y legumbres. Ellos, por su parte, traían abundante caza de tordos y patos, con todo lo cual, unido á los cabrajos, á los puches de harina de manna y á las manzanas de Gravestein que estaban cociéndose en el hogar, habría para celebrar un banquete semirregio.

—No pueden tardar en venir mi mujer y mis hijos,—dijo el honrado Martín Stevens en mal francés, corregido, sin embargo, por la dulzura de la lengua danesa.—Si no tenéis prisa os quedaréis á comer con nosotros.

—¡Con mil amores, patrón de mis entrañas!—repuso en cerrado español de Zaragoza el comandante Garroyo.

—¿Tenéis mucha familia?—preguntó Espinosa.

—Un hijo y una hija, señor militar,—contestó Stevens.

—¡Dichoso vos, que veis trascurrir llenos de paz y ventura vuestros días!—repuso Porlier.

—¡Feliz mil veces!—dijo el joven médico del regimiento, llamado Mora.

—Mi única dicha, señores,—replicó Martín,—es no haber conocido nunca más tierra que esta isla ni visto otros horizontes que los que se divisan desde sus costas.

—Efectivamente,—respondió Espinosa,—no cabe mayor felicidad para quien ama de veras á su patria. ¡Ay de nosotros, que, alejados de la nuestra, no sabemos lo que en ella pasa! ¡Quién sabe si á estas horas todo respirará la dulce alegría que reina en esta playa, ó si correrá sangre española por las ciudades y los campos! ¡Quién sabe si turbarán el aire las descargas y los cañonazos, si caerán expirantes nuestros amigos y hermanos, que se acordarán de los que aquí yacemos desterrados!

—No tenéis motivo alguno para pensar eso, señores militares,—replicó Stevens.—¡Ea! Vamos hoy á comer juntos, y algún día, cuando estéis en España, os acordaréis de las pobres gentes del lago de Odensee. Pero, calle: ya llegan mis hijos. ¡Cuánto han tardado hoy!

Tres personas se echaron en brazos del viejo pescador, llenándole de caricias: una mujer de alguna edad y dos jóvenes, rubia ella y de tostado rostro su hermano. Al ver invadida la cabaña por los cuatro cazadores quedaron como confusos los recién llegados.

III

—Señores militares, mi mujer Walborg Laager y mis hijos Helga y Caroll.

Los tres hicieron una graciosa cortesía á los convidados.

Walborg era una mujer de unos cuarenta años, bella todavía, á pesar de su cutis curtido por el *skai* de cálido soplo y por los impetuosos noroestes. Caroll se parecía en un todo á su padre, de mediana estatura, nobles facciones, atezado rostro y rubio cabello. La joven, á quien el pescador había llamado Helga, era una hermosa niña de unos veinte años, de cabellera de oro y deslumbradora tez de nieve y carmín. Los dulces, lánguidos y azules ojos, sus facciones regulares, ovalado rostro y esbelto talle, la hacían digna de figurar como la más acabada expresión de la peculiar belleza de las dinamarquesas, felizmente conservada hasta el día.

El trato que nuestros viajeros recibieron de los pescadores no pudo ser más hospitalario, pero era imposible dejar de comprender que no tenía la franqueza que el de otros pueblos: en el fondo pudo aparecer como algo de ceremonioso y poco expansivo. Toda la familia sabía leer y tenía una instrucción que sorprendió á los oficiales españoles. El doctor quedó pasmado al descubrir en Helga muchos conocimientos en historia natural. Pertenecían, como muchos otros daneses, á la secta de los *hermanos moravos*.

—Señores militares,—exclamó Martín Stevens,—siempre recordaré con placer la hospitalidad que me ha cabido el honor de proporcionaros, y celebro infinito que, ya que vuestra suerte os ha conducido á lejanos países, sea la isla de Fionia la que haya

tenido la dicha de serviros de residencia. Siempre que vengáis por el lago no dejéis de visitarnos; y en cuanto á nosotros, si alguna vez vamos á Nyborg, tampoco dejaremos de venir á veros.

Tomó entonces una copa de wisky y repuso:

—¡Por la pronta vuelta á vuestra cara patria!

—¡Y por la noble tierra danesa!—replicaron los españoles.

Recogieron las escopetas y, despidiéndose de los buenos pescadores, emprendieron otra vez los miliares el camino del bosque, precedidos de los perros.

Eran las tres de la tarde y había vuelto otra vez la bruma á velar con su húmedo manto las aguas y la tierra.

Los cuatro españoles caminaban silenciosamente, siguiendo la costumbre de hablar poco que habían contraído desde su llegada á las islas.

—Siento una inquietud que no me explico,—exclamó Espinosa.—¿Qué pasará en España?

—¡Dos meses sin una sola noticia!—repuso Garroyo.

—Tened por cierto que Napoleón habrá cometido alguna infamia,—dijo Porlier.

—Yo creo lo mismo,—añadió Mora;—pero, con todo, le estoy agradecido de que nos haya mandado aquí en vez de hacernos aguardar en otra parte.

—¿Te gustan más las danesas que las niñas de las orillas del Elba?—dijo Porlier.

—Me gustan más, pero siempre menos que mis paisanas, las *noyas* de Barcelona.

—Pues á mí, fuera de las españolas, se me dan una higa todas las demás mujeres,—dijo Garroyo.

—No soy de ese dictamen: á mí me gustan todas,—dijo Díaz Porlier.

—¡Y sin noticias de Méndez!—exclamó Espinosa, preocupado siempre pensando en España.

—Pues no será de seguro porque él deje de trabajar,—dijo Garroyo;—pero confío que no hemos de tardar mucho en salir de dudas.

—Los cruceros franceses no pierden de vista las costas. El residente de Nyborg recibe cada día órdenes de Bernadotte para que se nos vigile,—repuso Espinosa.

—Ya cuida Kindeland de hacer el *cacheo* cada día á los pobres regimientos que están en Fredericia. ¡Torpe de mí, que creí haberlos muerto de hambre á él y á su mastín! ¡Pero yo os juro que no saldremos de aquí sin dejarles para pasto de los cuervos!

—El marqués no quiso creerme cuando le aconsejé á su llegada que les pegásemos cuatro tiros al segundo y á mi antipático colega. Me dijo no sé qué en griego ó latín, que venía á ser, en resumidas cuentas, una especie de refrán, como si dijéramos que hay que hacer las cosas con pulso. Sólo me acuerdo de las palabras *modus y rebus*; pero con eso no se limpia al mundo de traidores ni infames asesinos.

—¡Y la escuadra inglesa sin parecer por aquí!—exclamó Espinosa.

—Paciencia, paciencia,—replicó Garroyo.—Ya nos iremos.

Los cuatro cazadores bajaron por una suave pendiente y se encontraron con una vasta llanura cubierta de sembrados, huertas, bosquecillos y verjales. A lo lejos se distinguía el mar, y con frecuencia tenían que desviarse del camino derecho para no hundirse en los pantanos que en gran número encerraba la llanura, llamados *polders* por los naturales.

IV

Era ya de noche cuando llegaron á Nyborg, á favor de buenos caballos que alquilaron en un caserío del camino. El frío viento del NO. les azotaba cruelmente el rostro.

El joven médico no pudo dormir en toda la noche, cual si estuvieran mirándole los azules ojos de Helga. Todo el día anduvo inquieto y distraído. Era un aventajado discípulo del colegio de Barcelona, destinado especialmente en aquella época á formar buenos cirujanos militares. Dotado de agradable figura, cultos modales, delicados sentimientos y franco carácter, se había captado las simpatías de todos los oficiales, que sabían por experiencia lo hábil que era en su difícil arte y lo mucho que sabía en diversos ramos. Nunca había sentido latir su corazón por ninguna mujer, á pesar de contar veinticinco años, y no había comprendido tampoco el que otros tomasen con tanto calor las emociones engendradas por una cara bonita.

Durante una semana el bueno de Pablo Mora no miró un libro, ni recogió una concha de la playa, ni herborizó, ni escribió, ni durmió, ni apenas probó bocado: sólo alarmó á sus compañeros por la desesperada furia con que iba fumando cigarro tras cigarro. Por último, al amanecer de un hermoso día

mandó ensillar un caballo y pidió permiso al coronel para hacer una expedición á la costa del norte al objeto de comprobar si era cierto ó no que se elevaba gradualmente sobre el nivel del mar.

No era hombre Espinosa á quien se le ocultase ningún designio, y dió sonriendo permiso al sabio geólogo para sus exploraciones costaneras.

Mora partió con tal rapidez en su carrera que, de seguirla la isla de Fionia en su movimiento emergente, hubiera quedado unida en breves horas al continente europeo. Atravesó la llanura, ganó la pendiente meridional de la colina, y en breves minutos bajó por la opuesta y se encontró á orillas del lago.

Allí se apeó y condujo á su caballejo á la choza de Martín Stevens. El digno pescador y Carroll no estaban: sólo encontró en la cabaña á Walborg y Helga. La doncella se ruborizó al ver al gallardo físico, pero él cuidó de tranquilizarla asegurando que su venida tenía por objeto únicamente hacer algunas señales en las rocas, analizar el agua del lago, clasificar varios moluscos, practicar diversos cortes en el terreno, recoger determinadas plantas y hacer ligeros estudios acerca del antiguo sajón y de la lengua de los eskaldas.

Pero mientras desenvolvía su modesto programa algo dirían sus ojos cuando, en vez de serenarse, Helga se puso cada vez más encendida, sin poder ocultar su turbación.

Fortuna fué para el físico no hablar sino muy imperfectamente el idioma danés; pues, de no ser así, hubiera sido fácil achacar á violenta emoción la dificultad con que salían sus palabras de la boca.

Walborg, que reflejaba en su rostro la bondad de su corazón, se apresuró á reconfortar al precoz sabio con whisky y leche. Sentóse Pablo, y al buscar sus ojos á Helga no la encontraron.

La madre le rogó que esperase la llegada de Martín y de Carroll, y el joven quedóse en la cabaña pensativo, anhelante, inquieto y extrañamente agitado.

Walborg salió á buscar provisiones, y Pablo se encontró á solas en el hogar.

No cesaba de dirigir los ojos á la cortina tras de la cual creía se ocultaba su adorado tormento.

Como si Helga hubiese visto el suplicante mirar del extranjero, apareció otra vez y fué á sentarse en un rincón, hilando en su rueca.

Pablo la contemplaba extasiado, inmóvil, mudo de admiración y de amor.

Afortunadamente en aquel tiempo el tipo de la hilandera no se había hecho teatral: todavía no cantaban baladas ni iban vestidas de blanco.

Así es que el joven Galeno no vió en ella á ninguna Margarita, sino á una bella muchacha que hilaba y que, de la misma manera que tenía el huso, manejaba el remo, tiraba de las redes, encendía el fuego y lavaba la ropa.

V

Helga era muy bonita, como la mayor parte de las dinamarquesas, de elegante talle, y sobre todo tenía una blancura deslumbradora y una mirada muy natural y expresiva.

Si Pablo Mora hubiese dedicado sus ocios á la filosofía, se hubiera tenido por un amante de la naturaleza; pero sólo comprendía que le repugnaban los fingimientos y que le gustaban las cosas claras.

Había visto en la Rambla de Barcelona y en el Prado de Madrid muchas lindas caras, y, sin embargo, todas le parecían como que cantasen en falsete y las hubiesen repintado: Helga, en cambio, se le aparecía tan natural como una manzana prendida aún en las ramas ó como la nieve antes de derretirse.

Walborg regresó y empezó á prepararse la comida.

—¿No os seré molesto permaneciendo tres ó cuatro días en vuestra compañía?—se atrevió por último á preguntar después de un largo silencio.

—No, ciertamente,—respondió la madre,—pues toda la isla sabe bien que los españoles son honrados y respetuosos.

—Mil gracias,—contestó Pablo.—Procuraré incomodaros lo menos posible.

Helga miraba á hurtadillas á Mora, que por su parte no podía apartar la vista de la joven. Más de una vez se encontraron sus miradas.

—Y ¿vuestro padre?—le dijo trémulo de emoción.

—Están él y Carroll en Kierteminde, á vender la platija para llevar á Italia,—respondió ella.

—Nos haréis compañía durante su ausencia,—repuso Walborg.—¿Sois de Madrid?

—No, de Barcelona. Algunos barcos de allí vienen á cargar curtidos y trigos en esta isla.

—Es verdad que algunas veces hemos visto en

Odensee marineros catalanes con una extraña gorra encarnada. ¿Tenéis familia?

—Sí, á Dios gracias. Mis padres y hermanos viven dedicados los unos al comercio y los otros á la fabricación.

—¡Debe ser muy triste estar privado uno de ver á los suyos!

—Queda compensado el disgusto con el placer que se encuentra en ver á otras personas.

Helga comprendió que ella era una de las tales y no tuvo más recurso que bajar los ojos.

—Tendréis muchos deseos de volver á España: ¿no es verdad?—repuso Walborg, que era algo habladora.

—Siempre la patria ejerce poderosa atracción; pero se está tan bien en esta isla, que se puede esperar con paciencia el día del regreso.

Helga bajó otra vez los ojos, porque le pareció que Mora también se lo decía á ella.

—Es extraño, en un joven como vos, que no echéis de menos las diversiones que aquí faltan y el amable trato que no podéis encontrar entre pobres marineros,—continuó Walborg.

—No faltan diversiones aquí: hay buena caza, pesca, juegos y reuniones. En cuanto al trato, basta que sea franco y cordial para encontrarlo inmejorable. No hay nada más insufrible que las frases de ceremonia y los cumplidos más hipócritas: eso sí que me disgusta y empalaga. Pero cuando se tiene el placer de encontrar cordial hospitalidad y leal correspondencia en las amistades, ¿qué falta hacen las palabras estudiadas, ni qué satisfacción pueden causar las mentidas ofertas? Además, yo no me he criado entre mimos ni regalos, sino que he crecido entre el ruido de los talleres y la aridez del estudio. No es nueva, por consiguiente, para mí la vida sin frivolidades y la existencia sin distracciones. Jamás, desde que tengo memoria, recuerdo más placenteras horas que las pasadas en esta isla.

—¿Os divertís, pues, mucho en Nyborg?—preguntó Helga muy colorada.

—No me divierto, ni poco ni mucho, en ninguna parte,—respondió Mora;—pero cuando contemplo el lago y... paso las horas en sus orillas, experimento tales impresiones que jamás podría olvidarlas. La placidez, la dulce calma que aquí reinan, prestan al ánimo agitado encantador reposo: no parece sino que en estas playas anida la consoladora tran-

quilidad que apacigua las tormentas del alma; no parece sino que la húmeda brisa que viene del mar derrama sobre la fatiga del cuerpo y las inquietudes del espíritu, bálsamo de tierna consolación. Aquí siento desaparecer los negros cuidados y los tristes presentimientos: en los curtidos rostros de los marineros veo reflejarse almas honradas y varoniles; en los ojos de ciertas mujeres léese la serena conformidad y la sencilla cándida conciencia; otros rostros hay en los que el cielo ha fijado el azul de su bóveda, la blancura de las nieves que envía, el conjunto armonioso de sus astros y la diáfana transparencia de su puro aire. Paréceme escuchar el arrullo de la tímida tórtola al oír cierta voz, creo contemplar el rostro de las Vírgenes santas de mi tierra al mirar cierto semblante, me imagino ver encarnado mi ideal al contemplar cierta imagen, y doy por cumplido mi anhelo de celeste y apacible reposo al verme... ante la realidad de una figura que no se aparta un instante de mis sueños cuando duermo y de mi éxtasis cuando tengo abiertos los ojos.

Helga seguía anhelante las palabras de Mora, cubierta de palidez la cara. Walborg le escuchaba bondadosamente. Todos callaron al acabar de hablar el joven viajero.

La doncella miró á Pablo de una manera tan expresiva que éste sintió un vértigo.

Walborg se levantó y puso la mesa. Helga fué á su dormitorio. Pablo estaba como arrobado, siguiendo á la joven con la vista.

VI

La joven volvió á salir de su cuarto, y, dirigiéndose á Pablo, le entregó un bonito y elegante ramito de mirto. Mora lo tomó y escondiólo junto á su corazón.

La comida duró poco. Una vez terminada, Pablo se dirigió hacia el lago en busca de una barca para salir al mar por el canal. Helga le ofreció la suya, y los dos se embarcaron en un ligero bote.

El médico cogió los remos y Helga se puso al timón, entrando á los pocos minutos en el canal. Una vez dentro, bastaba la corriente producida por el viento para llegar pronto al mar, pues el canal sólo tiene una legua de largo.

Surcaba el bote las azules aguas, encerradas entre hermosas praderas de esmeraldas; formaban las

costas y blandas ondas mil juegos con los rayos de sol y reinaba profundo silencio. Helga dirigía hábilmente la navicilla, y Pablo la miraba sin poder quitar de ella los ojos, que parecían sonreír como sus labios.

Nada se decían, pero sus almas se comprendían cual si siempre se hubiesen conocido.

La barquilla corría mansamente. Á la media hora oíase ya el mugido de las olas que se estrellaban en la costa, y se veía el faro de Odensee, situado en la embocadura del canal.

Próximos á desembarcar, atracaron y saltaron en tierra.

Ante sus ojos se extendía el mar inmenso, surcado por algunos barcos que navegaban costeano; á sus espaldas un océano de verdura reemplazaba la azul planicie del Báltico; muy lejos se divisaban las bajas colinas que dominaban el lago, verdes y risueñas; y el sol, próximo al ocaso, lanzaba dorados rayos casi horizontales.

Mora se descolgó por las rocas contra las que batían las olas, y examinó detenidamente las señales que había dejado el descenso sucesivo del mar, convenciendo de que la isla iba levantándose con evidente gradación, como lo denotaban las líneas de nivel y diversos moluscos incrustados en la roca. Luego subió otra vez y practicó una excavación en la arena, encontrando á alguna profundidad una capa de arcilla azulada, sembrada de innumerables conchas marinas de caprichosas formas y vivos colores; más inferiormente se presentaron troncos de árboles como incendiados, y en lo más hondo rocas calcáreas.

El joven pareció muy satisfecho de sus exploraciones y entregó á Helga peregrinos caracolillos de precioso dibujo y color y rara belleza de forma.

Los dos volvieron á la barquilla y emprendieron la vuelta, remando Mora.

—¿Habéis encontrado lo que buscabais?—preguntó Helga.

—Completamente. Ahora os toca á vos enseñarme el idioma eskalda, que sin duda debéis conocer con tanta perfección como lo habláis.

—¿No comprendéis que una pobre ignorante como yo no puede enseñaros nada?

—¡Oh, sí! ¡Vais á ver! ¿Qué significa *Fionia* en vuestra lengua?

—*Fyen* significa *pais lindo*.

—¿Y *Dinamarca*?

—Son dos palabras, *dann*, bajos, y *mark*, campos, es decir, *campos bajos*.

—¿Y *belt*?

—*Belt* es lo mismo que *cinturón*.

—Pues ya veis cómo nos entenderemos, mi linda y querida maestra.

—Os vais á cansar remando con tanta fuerza.

—Verdad es: llegaríamos demasiado pronto y terminaría harto brevemente el rato feliz que paso contemplándoos.

—No creía que fuesen tan lisonjeros los españoles.

—¿Quién al veros dejará de deciros al momento que sois tan hermosa como buena? Eso no es ser amable: es decir lo que se siente.

—¿Y no se lo habéis dicho nunca á ninguna española?

—A ninguna otra mujer que á vos le he hablado jamás así.

—Mil gracias.

—¡Gracias! ¿Por qué? Os repito que sólo digo lo que siento.

VII

Helga pareció experimentar una repentina tristeza y exclamó:

—¿Y no volveréis á esta isla cuando os marchéis?

Mora pareció haber recibido una herida en el corazón, y respondió apasionadamente, soltando los remos y poniéndose en pie:

—¡Marcharme! ¡Marcharme de tu lado! ¡Jamás!

La barca se detuvo, balanceándose muellemente. Empezaba á oscurecer.

Mora saltó hasta la popa y cogió á Helga de una mano.

—¡Te juro que no me iré sino contigo, contigo, cuando seas mi esposa; y, si no, no me iré jamás!

Helga se apoyó, falta de aliento y palpitante de emoción.

—¡Yo tuya!

—¿No me crees digna de ser tu marido?

—¡Oh, qué hermoso sueño!—respondió ella.—¡Qué dicha saber que me amas!

—¡Como á un ángel de bondad y de pureza!

—¡Pablo mío!

—¡Helga de mi corazón!

Un ruiseñor cantó en un bosquecillo y saltaron azulados peces en la superficie del canal.

—El ruiseñor nos anuncia que debemos eternamente amarnos.

—Los pececillos han querido vernos para presenciar nuestra dicha.

Callaron los dos enamorados. Si ella era hermosa como un ángel, Pablo Mora era bello como un hombre. A pesar de sus tipos tan opuestos, parecía que no cupiese más armonioso maridaje que el del enérgico é inteligente rostro del español con el semblante virginal y de correcto perfil de la blanca danesa.

La luna estaba ya muy alta, el cielo sin una nube,

las estrellas brillaban, serenas y relucientes, como clavos de oro. Veíanse en el fondo del canal las luces de las cabañas y se oían ya los cantos de los pescadores en el lago.

La barquilla deslizóse silenciosa por las dormidas aguas, y los dos jóvenes saltaron á la arena, viendo desde lejos á Walborg, en pie, delante del hogar.

—Buenas noches, madre mía,—exclamó al llegar Helga, abrazándola.

—Buenas noches, madre,—dijo también Pablo Mora.

—Bien venidos, hijos míos,—respondió Walborg.

Helga y Pablo se miraron y sonrieron dulcemente.



CAPÍTULO II

Monsieur Anatolio de la Citrouillière de la Garenne

I

TALES eran el nombre y los apellidos del agente consular francés en Nyborg en la época que ocurrieron los acontecimientos que relatamos.

El lenguaje cancilleresco de entonces designaba con el nombre de *residentes* á los empleados diplomáticos de la categoría de M. de la Citrouillière de la Garenne.

Una noche de mayo habia, como de costumbre, una animada reunión en los *salones* de la residencia. Ocupaba ésta una habitación en una fonda, frente á la playa, donde vivía también el marqués de La Romana.

Nyborg era por entonces una ciudad de tres mil almas, con un excelente y hermoso puerto, una buena ciudadela y un bonito palacio, ya muy deteriorado, cuna de Cristián II, de feliz memoria.

El residente tendría unos cuarenta años. Había empezado su carrera como escribiente del Ministerio de Negocios Extranjeros, en tiempos del Directorio, gracias á una recomendación de Mme. Tallien, que se vestía, ó, por mejor decir, se desnudaba en casa de la misma modista que la condesa de la Garenne, hermana de M. Anatolio. Desde 1794 á 1799 habia sido éste un modelo de pendolistas, hasta el extremo de que Barras le hacía poner los sobres para las invitaciones á sus famosas cenas. Cuando el

18 de brumario del año VIII cayó el Directorio y se estableció el Consulado, M. de la Garenne continuó en su puesto, pasando de Saint-Cloud á París y ascendiendo á escribiente de M. de Talleyrand. El trato con este gran político le sirvió de mucho para aprender á hacer cortesías, saber tener el sombrero en la mano, deliberar sobre el *menu* de un banquete y escoger los mejores chocolates y los quesos más exquisitos; pero no pareció que le hubiese infiltrado sus sutiles mañas diplomáticas. En la época en que ahora le encontramos, M. de la Citrouillière era un señor muy hablador, con una cara que pretendía expresar graves cuidados, una afición decidida á las señoras y una creencia ciega y absoluta en la grande importancia de las funciones residenciales que desempeñaba en Nyborg desde hacía algunas semanas. En cuanto á figura, era alto, robusto, carriacho. Llevaba anteojos y ostentaba una reluciente calva.

Por más que Nyborg fuese una población de poco vecindario, se procuraba observar allí las mismas costumbres que en Copenhague. Había dos ó tres condes, que no se trataban con nadie y pasaban el día jugando desenfrenadamente y comiendo no menos. La clase media, empleados, pastores protestantes, profesores, jefes del ejército y marina, co-

merciantes, médicos, abogados y cónsules extranjeros, se hacían notar por lo reservado y ceremonioso. Pasaban los hombres largas horas en sus clubs, cuyo acceso era difícilísimo á los forasteros, y las mujeres se aburrían admirablemente dentro de sus casas. Las pesadas tramitaciones necesarias para visitar á una familia y los escrúpulos para admitir como socio de un club á un forastero, hacían que los españoles se fastidiasen de una manera enorme.

II

La llegada del residente fué una providencia para los españoles y demás extranjeros que se encontraban en la ciudad. El honorable representante de la corte imperial empezó por dar reuniones en las cuales tenían entrada todos cuantos querían asistir, sin embargo de lo cual resultaba bastante igual el conjunto. Concurrían á la tertulia el marqués de La Romana, los jefes de la Princesa y Almansa, un comerciante catalán, varios funcionarios daneses, el comandante de la flotilla francesa, un poeta del país, varios capitanes de buques hamburgueses anclados en el puerto y un profesor de violoncello alemán. En cuanto al bello sexo, estaba representado por la señora del comerciante catalán, las del juez de paz de Nyborg y del capitán del puerto, y las hijas del alcalde de la ciudad, llamadas respectivamente Ragnilda, Signa y Dagmar, las tres tan rubias como bonitas y tan bonitas como amables. Finalmente, cual una rosa de encarnados colores entre un ramillete de cándidos lirios, como rojo clavel entre jazmines, como negra perla entre nacaradas joyas, resaltaba allí la apuesta, la garbosa y saladísima Petra, convertida en emblema y mostruario de la *gachonería* española.

A las nueve de la noche de uno de los últimos días de mayo, la sala de la fonda estaba ocupada enteramente. El residente hacía los honores de la casa con su proverbial galantería; mostróse más afectuoso que nunca con el general La Romana y los coroneles españoles; tuvo frases galantes con ribetes de madrigal para Petra, dió el brazo al entrar á la señora del comerciante catalán y rogó al profesor de violoncello que tocase unas variaciones de fandango, que á la verdad ejecutaba el alemán de una manera admirable. Al preludiar un rigodón sacó á

bailar á Petra, ponderó á las hijas del alcalde las excelentes cualidades de los oficiales españoles allí presentes no menos que las de los ausentes, y no cesó de hablar de la gran literatura española, de la gran bravura española y de la gran nación española.

III

La Romana quedó algo sorprendido con tantos elogios, y, seguro de que había ocurrido algo que él y los suyos no sabían, preguntó á M. de la Citrouillièrre:

—Y ¿qué tal? ¿Se ha sabido algo de allá?

—¡Oh! Excelentes noticias, de todo punto excelentes, mi general.

—Lo celebro, señor residente. Y ¿qué es ello?

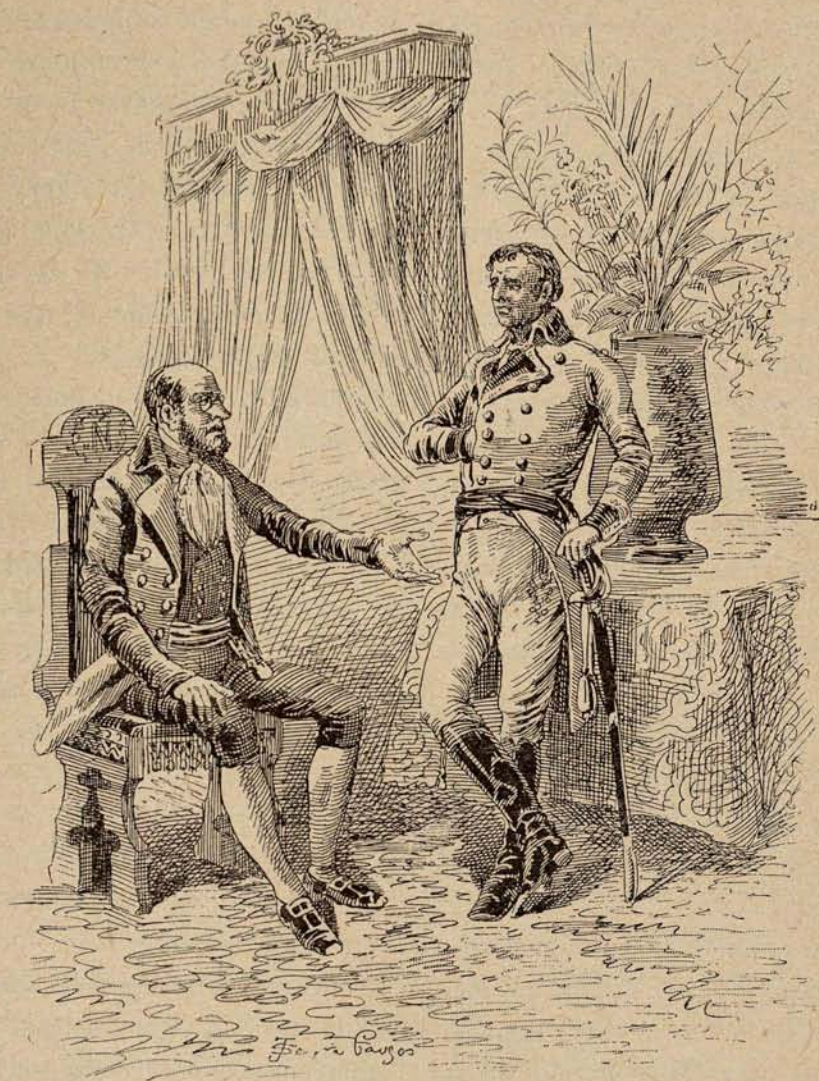
—Por más que las delicadas funciones que desempeño,—dijo el eminente diplomático,—me obliguen á ser tan cauto en mis palabras como reservado y prudente en las reflexiones y juicios que emita, sin embargo, señor marqués, hoy romperé mi costumbre y quebrantaré los deberes de mi cargo para enteraros confidencialmente de las novedades que en vuestra querida nación han ocurrido. Carlos IV, María Luisa y el príncipe Fernando han abdicado á estas horas sus derechos y coronas en el emperador Napoleón.

—¿Es posible?—exclamó La Romana.—Habrás sido á la fuerza, y, por lo tanto, no es válida la renuncia.

—No, no, mi querido marqués: ha sido una abdicación espontánea del todo, dulce, amistosa. Todo se arregló en Bayona; y el pueblo español sensato, al saber que tal vez podía contar con un Bonaparte por rey, ha prorrumpido por doquier en gritos de alegría. En vista de las desavenencias entre padre é hijo, el emperador llamó á Fernando para negociar directamente con él, pero los reyes padres no quisieron ser menos y siguieron al hijo. Napoleón prometió que se vería en Burgos con Fernando, pero sus ocupaciones le impidieron marchar á España, por lo cual el príncipe se dirigió á Bayona, donde fué muy bien recibido. En cuanto á los reyes padres, fueron á Francia *motu proprio*; y si censuro amargamente que se llevasen los mejores diamantes de la corona, en cambio me felicito de que en el Pardo abrazasen con efusión á mi ilustre amigo el señor gran duque de Berg. Siento decirnos también que así

como D. Fernando fué bastante aclamado durante su viaje, los reyes padres no recibieron ninguna muestra de atención en el que hicieron después. Yo no me creo autorizado, señor marqués, para revelaros lo que opino acerca del desenlace: repito que no

hago más que tomar acta de los hechos (*constater les faits*). Si, únicamente, me permitiré afirmaros, y os suplico que no lo toméis como apreciación mía sino como propia y exclusiva del emperador, que su majestad imperial manifestó, luego de haber visto á



—El emperador, amigo mío,—continuó diciendo el ex amanuense de Talleyrand...

D. Fernando y hablando con él detenidamente, que le juzgaba un mediano personaje, no exento de bellaquería.

—¡Señor residente!...—dijo La Romana, algo irritado.

—Repito que sólo refiero hechos, señor marqués; pero dejadme ahora que os abra mi corazón y que en el seno de la confianza compartida con amigo tan ilustrado, con patriota tan celoso, con hombre de Estado tan profundo como vos, las reflexiones de alta política que me han sugerido las ocurrencias de vuestra nación; reflexiones que, en honor á la verdad, no son más que la fiel expresión de las

que el emperador le hizo en Bayona al señor de Escoiquiz.

El marqués de La Romana tenía más gana de conocer las ocurrencias de su nación que las reflexiones de alta política que le iba á repetir M. de la Citrouillière; pero no tuvo más remedio que aguantar impertérrito las unas para poder saber las otras.

IV

—El emperador, amigo mío,—continuó diciendo el ex amanuense de Talleyrand,—ama extraordinariamente á los españoles y desea verles felices,

grandes y respetados. Ahora bien: ¿me podréis decir si podía estar contento viendo el descrédito de la corte de Madrid? El emperador necesita de España para sus designios contra Inglaterra, y España necesita del emperador para recobrar su pasada grandeza: bajo el gobierno de una dinastía incapaz y degenerada, vuestro país hubiera yacido eternamente en la postración y el abatimiento; con vuestro anciano Carlos IV, que á pesar de su lealtad es un imbécil, y con un príncipe como Fernando, que, si bien es algo menos imbécil, es un tipo de deslealtad, España no hubiera conseguido jamás la regeneración moral, administrativa y política que necesita. El emperador hubiera querido casar á D. Fernando con una princesa de talento; pero una vez se hubo convencido en Bayona de que el príncipe era un modelo de vulgaridad, disimulo, fingimiento y taciturnidad, creyó inútil este medio de unir estrechamente á su dinastía la de los Borbones.

—Recordad, señor residente, que para mí D. Fernando VII es el rey legítimo de España en tanto no me conste oficialmente lo contrario,—replicó La Romana.

—Hablo con el amigo, no con el general español: moderad, por tanto, vuestra impaciencia, y penetraos bien de los hechos que voy á referiros.

El marqués de La Romana respiró al oír que el residente iba á referirle hechos.

—Omitiré, general, la relación de las negociaciones seguidas en Bayona para que D. Fernando, proclamado rey de España en virtud de la abdicación de Carlos IV, renunciase otra vez la corona en su padre. Omitiré también la suma simpatía que María Luisa inspiró á la emperatriz, y las muchas distracciones que ésta le proporcionó á aquélla ofreciéndole todos los adornos de París más nuevos y raros. También omitiré deciros que el príncipe Godoy no se separará ya más del lado de los reyes padres, y que al emperador le pareció hombre de mediana capacidad, de algunas ventajas físicas y en nada parecido á un monstruo, como lo creían en España.

Ahora tendré que indicaros una desagradable ocurrencia que pasó en Madrid el 2 de mayo. Encargado mi ilustre amigo, el gran duque de Berg, del mando en jefe de las tropas francesas en España, recibió orden de hacer salir de Madrid á los individuos de la familia real que aun quedaban allí, en interés mismo de los infantes, teneo lo por cierto.

Ningún reparo tuvo en ello la reina de Etruria, tan aborrecida por su hermano Fernando como odiado á su vez por ella. Respecto al infante D. Francisco, la reina lo reclamaba, pues ya se lo hubiera llevado consigo á no haber estado enfermo el día de la marcha; pero una reunión de patriotas, es decir, de una minoría de patriotas, pues la nación en masa idolatra á Napoleón, y permitidme que os diga que ha dado elocuentes muestras de querer por rey á mi ilustre amigo Murat, tan bravo, tan franco, tan simpático, tan querido por la buena sociedad de Madrid, que acudía en tropel á los bailes que daba, disputándose el honor de agradarle...

—Creí, señor residente, que me hablabais de una reunión de patriotas.

—Verdad, verdad, señor marqués. Decía, pues, que aunque la reina María Luisa había reclamado á su tierno hijo D. Francisco, la Junta de Gobierno, presidida por el infante D. Antonio, había opuesto á ello una negativa disimulada; y que una minoría de patriotas, descontentos de lo que llamaban debilidad de la Junta, estaban dispuestos á impedir la salida de los infantes por todos los medios posibles.

V

El marqués de La Romana no era dueño de contener su impaciencia.

—Advertid, mi querido marqués,—continuó diciendo M. de la Citroullière,—que la plebe ó populo está más enfurecida contra los franceses de lo que conviene á un pueblo tan generoso y valiente, llamado á los más altos destinos y que debe aspirar á realizar sus ideales en las africanas playas y en sus remotas posesiones oceánicas y sudamericanas.

—Si me hicierais el favor, mi amable M. de la Citroullière, de explicarme lo de la minoría de patriotas...—exclamó La Romana.

—Sois impetuoso como un verdadero descendiente del Cid, señor marqués,—replicó el residente.—Sentemos primero el estado de los ánimos en España, y procedamos con ese orden y método en los asuntos que tanto me recomendó, cuando estaba á sus órdenes, mi digno jefe M. de Talleyrand de Perigord. Veremos, pues, que en España, gran parte de la clase media está indignada contra la ineptitud y la pusilanimidad de sus príncipes, que

de tal manera se han dejado engañar, según opinión corriente entre las personas ilustradas; opinión que yo no contradigo en absoluto. Estos mismos hombres ilustrados no dejan de comprender que sólo un genio como Napoleón, que ha reorganizado la Francia, puede reorganizar también la España; y si repugnan la invasión no dejan comprender las ventajas que puede reportar. Pero el pueblo no piensa así, sino que cree que Napoleón se ha valido de la astucia, de la mala fe, de la perfidia, de la iniquidad, para destronar á los Borbones. Yo no disculpo del todo al emperador, pues emplea una política digna del siglo xvi, digna de los Maquiavelos, Borgias y Fernandos de Aragón; pero sí os aseguro que él es el primero en deplorar que haya tenido que valerse de la traición, género de maldad extraño á sus nobles sentimientos, para labrar la felicidad de España. El populacho semisalvaje de de vuestro país (1) se ha portado muy mal con nosotros desde un principio. Baste deciros que los mendigos castellanos pegaron la sarna á una quinta parte de nuestros soldados, y que por cualquier motivo, por el pretexto más fútil, andan á cintarazos los unos y los otros: verdad es que á nuestros quintos les embriaga vuestro vino y les saca de quicio la belleza de vuestras mujeres.

—Según eso,—replicó La Romana,—ni emborracha el vino de Francia ni las francesas...

—Marqués, por favor, no toméis así las cosas. El pueblo no quiere á los franceses: se cometió un grande error en mandar á España á los jóvenes reclutas de la última quinta, imberbes, mal vestidos y sin suficiente instrucción, en vez de presentarles veteranos de marcial aspecto y espesos bigotazos. Ved, si no, el respeto que infunden los coraceros, con su elevada talla é imponente armadura, y los escuadrones de la guardia imperial. Así, pues, el populacho no quiere á los franceses y miraba hasta hace poco con desprecio á nuestros soldados, sarnosos y descalzos. Cada día se cometían asesinatos, y los paisanos, armados con escopetas y navajas, desafiaban é insultaban á los pobres quintos. Sucedió, pues, que el 2 de mayo esa minoría de descontentos, ese populacho soez y enemigo de la instrucción, empezó á

formar grupos en la Puerta del Sol. Veíase allí una multitud compacta y amenazadora de rostros agresivos y patibularios. Muchos procedían de los lugares inmediatos, y habían venido fanatizados por los curas y azuzados por los patriotas à *outrance*. Ya estaba en el coche la reina de Etruria cuando llegó un ayudante de Murat para cumplimentarla en el acto de su partida. En esto, parece que se echó á llorar el infante D. Francisco, resistiéndose á salir de palacio, y esta fué la señal de unas nuevas vísperas sicilianas, de un horrible complot, de una fiera conspiración.

VI

El marqués de La Romana estaba lleno de mortal ansiedad.

—Empezaron á pedradas contra el ayudante, y se disponían á asesinarlo, cuando una docena de granaderos de la guardia de palacio se arrojaron sobre la multitud y consiguieron salvarlo. Disparáronse entonces algunos tiros, y el pueblo, enfurecido, se arrojó sobre los oficiales y los soldados franceses, asesinándolos con horrible ferocidad.

En esto la señora del comerciante catalán, que hablaba con Porlier, exclamó en voz alta, que pudiera ser oída por La Romana:

—Su amigo de V., Desmaisieres, el oficial de walongas, salvó la vida, á riesgo de perder la suya, á un oficial francés, y Murat mandó un regimiento y dos piezas de artillería que, sin previa intimación, hicieron fuego contra la multitud.

Esto fué dicho en catalán, de modo que el bueno de la Citroullière no entendió palabra.

—Ya podéis figuraros, mi general, cuán justamente irritado no estaría el gran duque de Berg y cuánto no debió sobrecogerle aquella imponente sublevación. Acto seguido entraron en Madrid, por diversos puntos, las tropas del exacto y puntual Grouchy, de Lefranc y la caballería. Los soldados marchaban con una serenidad y aplomo asombrosos persiguiendo á los insurrectos, matándolos á bayonetazos y arrojándolos desde los balcones. ¿Creeréis que se atrevieron á sostener el fuego con nuestras tropas? Los mamelucos se portaron á maravilla: entraron en la Puerta del Sol, donde se habían replegado todos los transeuntes formando una masa compacta, y empezaron á acuchillar á diestro y siniestro,

(1) Frase de M. Thiers en la *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XXIX. De igual autor están tomadas cuantas impertinencias y noticias falsas suelta el honorable residente.

haciendo rodar muchas cabezas con sus sables corvos; Grouchy, por su parte, hacía sangrientas ejecuciones en la carrera de San Jerónimo, donde los rebeldes hacían un fuego terrible; y, por último, Le-franc fué á tomar el parque por asalto, haciendo pagar muy caro su arrojo á los defensores. Naturalmente, que el gran duque de Berg no se descuidó en sembrar un saludable rigor una vez reprimida la criminal intentona, de suerte que nombró una comisión militar que decretaba la ejecución inmediata de los paisanos á quienes se encontrara el arma más insignificante, siendo fusilados muchos en el hermoso paseo del Prado, tan lleno de galantes recuerdos, tan propio para los discreteos y amoríos de vuestras hermosas damas. Los que no fueron fusilados por haberse salido al campo, fueron perseguidos y acuchillados por los coraceros, por manera que en breves horas quedó todo pacificado. Así fué cómo el gran duque de Berg le hizo ver al pueblo de Madrid que la confianza en su fuerza era una ilusión, mostrándole que los jóvenes soldados franceses, mandados por oficiales valientes, son tan invencibles ante los feroces paisanos españoles (1) como lo serán siempre ante los soldados más disciplinados de Europa. ¡Qué más os diré! El infante D. Antonio, convencido de la impotencia del populacho, le dijo á Murat por la tarde: «—En fin, ya no nos repetirán que paisanos armados con cuchillos pueden batir tropas regulares;» frase que denota el vivo talento y perspicacia del que la soltó.

VII

La Romana no podía acabar de creer las infamias que le contaba el residente.

—¿Y murieron muchos?—preguntó después de una breve pausa.

—No muchos, pero el populacho de Madrid exageró terriblemente las pérdidas de los insurgentes, hablando de miles, cuando á lo más tuvieron unas quinientas bajas.

—¡Quinientos hombres fusilados y acuchillados!—exclamó horrorizado La Romana.

—Nosotros tuvimos ciento, amigo marqués; pero me cabe la satisfacción de deciros que el ejército es-

pañol se ha portado excelentemente, pues no ha secundado en manera alguna la insurrección. Verdad es que en el asalto del Parque los artilleros se defendieron muy bien; pero, según noticias confidenciales, tenían orden de no combatirnos, por lo cual faltaron horriblemente á los más sagrados deberes de la disciplina los señores oficiales Daoiz, Velarde, y Ruiz, que se pusieron al frente de las fuerzas insurrectas.

—¡Antes que nada es la patria!

—No os exaltéis, marqués, no os exaltéis. Ya veis que no niego que la conducta del emperador haya sido tal vez poco correcta, algo irregular, ligeramente... indigna; concedo que no tenía razón alguna para estar quejoso de los Borbones; que España le había dado sus escuadras, sus ejércitos, sus tesoros, su ayuda; pero se trata del emperador, se trata de una gran nación, se trata de alta política, de civilizadoras miras, de conquistas de derecho y de libertades...

—El emperador no lleva mira alguna que pueda justificar semejante política,—le interrumpió diciendo La Romana.—Esa gran nación que decís, es un pueblo mandado por un déspota que la ha convertido en instrumento servil de su ambición y ha ahogado su libertad y hasta su inteligencia. Las guerras del emperador no le han servido más que para atraerse el odio de los vencidos de ayer, que serán los rencorosos enemigos de siempre. La sangre derramada se enjugará, pero las maldiciones de los pueblos acompañarán eternamente á vuestro amo. Jamás, jamás se extinguirá la mala voluntad que le tendrán á Francia los alemanes, los italianos, los austriacos, los ingleses. España era una fiel aliada de Francia: de hoy más para siempre, un río de sangre separará hasta la consumación de los siglos ambos pueblos: caerá el imperio, vendrán repúblicas, monarquías, cuanto queráis; pero España no podrá ya olvidar para nunca más este día infausto del Dos de Mayo barrera infranqueable, abismo sin fondo que mantendrá apartados los dos países y cuyo recuerdo no se borrará ya de la mente de los españoles, confundido con el odio á Napoleón.

—¿No comprendéis, marqués, que el emperador necesita en España un rey adicto á su política, con un gobierno fuerte y respetado?

—El rey que Napoleón le imponga á mi país será un rey ridículo y despreciado. El gobierno fuerte

(1) En Thiers, lo mismo que la expresión del infante.

será un gobierno compuesto de todos los Judas y de todos los perdidos, de todos los traidores que se ocultan en los palacios y en los garitos. España no tolerará un rey ni un gobierno impuestos por el francés ni por nadie. España no es de esas naciones que se resignan en su impotencia: es un pueblo que no sufrirá jamás ningún extranjero yugo y que pelea á cuchillo, aunque deban vencerle; es el pueblo del gran general ¡No importa!; pueblo contra el cual se ganan batallas y se pierden campañas; pueblo capaz de luchar setecientos años seguidos por una idea, que no desmaya, que no se rinde, que tiene la vida tan dura y resistente que no ha sucumbido ni aun con los Austrias ni á pesar de los Borbones.

—Pero, marqués, amigo marqués, estáis hablando como si el emperador fuese el enemigo de España, cuando os estoy diciendo que todo lo hace llevado de sus miras civilizadoras. Hacedos cargo de que el pueblo es el que no le quiere, pero la nobleza sí, la ilustrada clase media también; por consiguiente debe importaros poco que no le guste al populacho si cuenta con las simpatías de la otra clase. Ahora bien: necesito saber que lealmente me digáis qué línea de conducta os proponéis seguir en vista de los nuevos acontecimientos. La corona de España pertenece á Napoleón en virtud de la renuncia hecha á su favor por Carlos IV y de la renuncia de su dignidad de príncipe de Asturias hecha por D. Fernando. España está gobernada actualmente por un Consejo nombrado por Fernando VII durante su primer reinado. El día en que esta Junta sea reemplazada por un rey, ¿le reconoceréis, le acataréis, le serviréis fielmente?

—Señor residente,—repuso La Romana,—si la nación en masa reconoce el nuevo orden de cosas, no he de ser yo menos; pero si las renunciaciones de Bayona han sido arrancadas á la fuerza, no reconoceré más legitimidad que la de los Borbones. Además, necesito tener noticias más completas y por otro conducto que el vuestro, por muy autorizado que sea, para tomar una determinación. Yo me debo á mi país y le seguiré en todo.

—Pues ya sabéis lo ocurrido.

—Pero desearía saberlo también por mis amigos de España.

—Lo sabréis también dentro de pocos días.

—Mil gracias, señor residente, porque esto supone que recibiré alguna carta.

M. de la Citrouillière creyó prudente dar fin á la conversación y se levantó.

VIII

La Romana quedó pensativo. Su cabeza estaba trastornada con la relación de tantas iniquidades y veía claramente que Napoleón había empleado la mentira, el fraude, el engaño y la mala fe para hacer acudir á Francia á la familia real y desde allí dictarle su voluntad. Pensaba que aquellos pobres reyes eran muy poca cosa para resistir á la voluntad de Napoleón, y que habrían accedido á sus exigencias.

Entonces La Romana hizo á Godoy la justicia de encontrar salvadora, hábil y profunda la idea de trasladarse á América la real familia, fundando allí un imperio español, como lo habían fundado los Braganzas en el Brasil; imperio que hubiera sido un golpe fatal para el poderío francés y á la vez hubiera consolidado la dominación de España en el nuevo continente.

El buen general creyó que sería prudente no revelar aún lo sucedido hasta esperar nuevas noticias; pero se lo refirió todo á los coroneles, que ya tenían también conocimiento del Dos de Mayo por conducto de la señora del comerciante catalán, íntima amiga, al parecer, de M. de la Citrouillière, que no veía que se burlaba de él.

Fueron encontrados los pareceres respecto á lo que se tenía que hacer: algunos querían sublevar las tropas, pero nada se conseguía ínterin no hubiese medios para embarcarse; otros fueron de dictamen que se esperasen nuevas noticias de España y saber qué forma de gobierno regía y quién estaba al frente. La Romana vacilaba entre su patriotismo y la responsabilidad de una catástrofe si la tentativa de evasión salía mal. Convínose, pues, en disimular y en esperar una ocasión para regresar á España. Sin embargo, no se les ocultaba á los jefes españoles que era un delirio pensar en romper el círculo de hierro en que estaban aprisionados, y no dejaban de reconocer que era preciso un milagro para escaparse de las islas en que estaban desparramados. Asturias, Guadalajara y los dragones de Villaviciosa se encontraban en la isla de Zelândia; los voluntarios de Cataluña, caballería de Lusitania y zapado-

res estaban acuartelados en la de Langeland; la caballería ligera del Rey, del Infante, del Algarbe, con el regimiento de Zamora y la artillería, daban la guarnición en diversas ciudades de la península de Jutlandia; los dragones de Almansa y el regimiento de la Princesa estaban destacados en Fionia; debiendo advertirse que, en lugar de estar concentradas estas fuerzas, se había tenido mucho cuidado en diseminarlas entre diferentes pueblos.

Todo el anhelo de los proscritos cifrabase, pues, en tener noticias de España, en poder comunicarse con españoles y en tratar de enviar emisarios á la

Península para combinar la manera de librarse de aquel cautiverio; pero á medida que los nuestros daban pruebas de intentar algo para sacudir el yugo, redoblaba la vigilancia francesa, eran más guardadas las costas, más prodigado el espionaje y más acechadas las acciones y pasos de los jefes. Bernadotte no se fiaba de las promesas de La Romana, y Kindeland no cesaba un momento de estar ojo alerta con las tropas de Jutlandia.

Sin embargo de esto, los españoles no dejaban de asistir diariamente á la tertulia de M. Anatolio de la Citrouillière, al cual tenían por todo un calabacín.



CAPÍTULO III

Las filfas del residente

I

EL bueno de M. de la Citrouillière poseía entre sus más notables prendas una muy rara, digna de todo elogio y de la más perfecta consideración, cual era una sobrina que le llegó del continente á mediados de junio. Con decir que era una completa parisiense en toda la extensión de la palabra, tendremos hecho su retrato. Decía ser legitimista, contaba veintidós años, y por singular extrañeza tenía unos piecitos de española y unos ojos negros que le disputaban á Petra el imperio de los corazones sensibles de Nyborg. Además era bajita y no rubicunda, sino algo quebradita de color. Amable, no hay para qué decirlo, y en punto á instrucción una verdadera presidenta de *salón* ó tertulia, como nosotros decimos.

A la hora de costumbre, el aposento en que se reunían los invitados presentaba la alegre animación de siempre. La sobrina del residente, Mlle. Julieta, ocupaba un sitio en un anchuroso sofá. A su lado M. de la Citrouillière ostentaba su irreprochable corbata blanca y nítida chorrera en su camisa, en la cual brillaban dos enormes diamantes. Espinosa, Garroyo y Casablanca, juntamente con varios empleados de Dinamarca, formaban corro alrededor de la parisiense. Petra sufría los más impetuosos galanteos por parte del poeta indígena, del comandante de la flotilla francesa y del violoncelista ale-

mán, representando así el imperio de España sobre las más ilustres naciones, bajo el punto de vista femenino. Las tres hijas del alcalde, vestidas de color de rosa, dulces como tres hermanas de Ofelia, estaban guardadas por tres dragones de Almansa, morenos y jóvenes, pero nada fieros. La señora doña Mercedes Fortuny, su esposo, el marqués de La Romana y los capitanes de los buques hamburgueses formaban una especie de Senado, y Díaz Porlier iba mariposeando de un grupo en otro sin poder estarse quieto ni callado, demostrando una alegría que parecía rayar en delirio. Bien es verdad que La Romana reía mucho, que Espinosa parecía muy contento, y que Petra estaba tan decidora que no había medio de hacerla rendir.

—Vamos, vamos,—exclamó M. de la Citrouillière,—que la cosa no es para tanto, señores. No os ocultaré que algunas provincias españolas se han levantado contra el emperador, pero la cosa no reviste ninguna importancia.

—Así lo creo también,—replicó Espinosa;—y á no haberse adherido Castaños al movimiento de Sevilla, todavía estaría yo más sin cuidado.

—¡Eh! Castaños, como todos ó la mayor parte de vuestros generales, no ha aprendido del arte de la guerra más que lo poco que se sabía en el antiguo régimen, y, además, está muy lejos de participar

de las pasiones salvajes de los españoles. Si ahora se ha insurreccionado, en cambio en un principio juzgó la sublevación tan severamente como la juzgaron los demás comandantes militares. En prueba de ello que, cuando la Junta de Madrid envió al coronel Roignat á Gibraltar para estudiar la costa, Castaños afectó aceptar la regeneración de España por mano de un príncipe de la casa de Bonaparte; de modo que se creyó poder contar con él en todo. Si ahora se ha sometido á la Junta de Sevilla, creed que en el fondo de su corazón, pero muy en secreto, reprobará la conducta que con tanto calor y entusiasmo aparenta seguir en público.

—Señor residente, si yo fuese francés, como vos, me limitaría á contestaros diciendo: «—*Voilà comme on écrit l'histoire!*» Pero soy español y debo rechazar por inexactas todas vuestras apreciaciones. Castaños es un gran patriota y ningún trabajo le ha costado unirse al movimiento iniciado por Tap. Si fuese interesado habría aceptado el pingüe cargo de virrey de Méjico que le tenía preparado la Junta de Murat.

—Y la captura de la escuadra francesa surta en Cádiz y mandada por Rosily ¿tampoco tiene importancia?—dijo Casablanca.

—¡Oh! ¡Espantoso hecho! ¡Inicua traición! ¡Abominable conducta! ¡Deplorable triunfo, tan fácil como insensato! ¡Destruir, capturar, hacer rendir, apoderarse de unos navíos tripulados y mandados por bizarros marinos que se portaron como héroes en la jornada terrible de Trafalgar, desafiando la muerte inmóviles en su puesto, mientras la mayor parte de los marinos españoles encomendaban su salvación á la fuga! (1)

Casablanca saltó como si hubiese recibido un botonazo en la mejilla.

—Eso que decís es tan ruin, tan bajo, tan falso, tan infame, que mi conciencia, mi honor y mi dignidad me imponen el deber de no pisar más esta casa ni de cruzar con vos mi saludo.

II

Espinosa y Garroyo se habían levantado también. Espinosa, lívido de coraje, exclamó:

—Habéis faltado gravemente á mi patria. El más

oscuro marinero español de Trafalgar fué tan valiente como el más heroico oficial francés. No hablo de su almirante, porque no es digno de que mis labios pronuncien siquiera su nombre al lado de los inmortales de Churruca, Gravina y Alcalá Galiano. Me diréis luego cuáles son vuestros padrinos, para mandarles yo los míos.

Julieta, pálida como la muerte, pero dueña de sí, exclamó con voz angustiada:

—¡Mi tío reconocerá que ha faltado al expresarse como lo ha hecho! La desgracia de haber sido apresada en Cádiz la escuadra francesa...

—Cinco navíos, una fragata, 3,676 prisioneros, entre ellos un almirante; 442 cañones, 1,615 quintales de pólvora, armas muchas y buenas, víveres, municiones, equipo y efectos,—dijo Garroyo interrumpiendo á Julieta.

—Pues con mayor motivo siendo tan importante la pérdida. Mi tío, en vez de expresar su sentimiento de una manera, lo ha expresado equivocadamente de otra. Os ruego, señores, que os hagáis cargo de lo fácil que le es á un francés resentirse por una derrota, y estoy cierta de que mi tío retirará todas las palabras que hayan podido ofenderos.

—¡Oh! ¡Sí, sí! Precisamente el señor príncipe de Benevento me tiene dicho que hay mucho que hablar acerca de la victoria de Trafalgar, y que el cobarde Nelson...

—Nelson fué un héroe, señor residente. Murió como un hombre de honor, y me inclino ante su gloriosa memoria.

—Pero, señores, ¿queréis que pierda la cabeza? ¿Cómo podía ser un héroe si era el almirante de la escuadra enemiga?

—Nelson fué un héroe, á pesar de ser el almirante enemigo, como fué Villeneuve un insensato, un imbécil y un menguado, á pesar de ser el almirante aliado.

El comandante de la flotilla se levantó, dejando de asediar á Petra, y exclamó:

—No hay razón alguna para disminuir en un ápice la gloria de la armada española. Aquel día pudo sucumbir, tal vez para siempre, pero sucumbió con tanta honra como si hubiese conseguido la mayor victoria. Yo estuve en Trafalgar y puedo hablar con pleno conocimiento de causa. ¡Señores, recibid el tributo de mi admiración y entusiasmo por los héroes españoles de Trafalgar!

(1) Thiers: *Historia del Consulado y del Imperio*, libro XXX.

III

Las miradas suplicantes de Julieta desarmaron á Espinosa, así como el trastornado semblante de M. de la Citrouillière hizo vacilar la firmeza de Casablanca.

Los dos volvieron á sentarse. Garroyo fué á hablar con Porlier.

—¿Sabéis, coronel, que me gustaría ser española? —exclamó intrépidamente Julieta.

—Miles de gracias, señorita,—contestó Espinosa.

—Mucho perdería la Francia en el cambio; pero ¿me queréis decir á qué causa se debe un deseo tan honroso para nosotros?

—Es que me entusiasman vuestras mujeres. No ignoro el novelesco pronunciamiento de la plaza de Badajoz: una extremeña, irritada porque el día de San Fernando no se hacían las salvas de costumbre por el santo del rey, arrancó la mecha de manos de los artilleros, inciertos sobre si dispararían ó no, y aplicó el botafuego, siendo aquel cañonazo la señal del levantamiento.

—Señorita, es de esperar que no sea la única artillera que tengamos; pero aun saldrían más si supiesen que sus proezas han de merecer ser celebradas por dama como vos.

—¡No en balde se ha ponderado la galantería castellana!

—Y la galantería francesa, señorita.

—En eso sí que estamos del todo conformes,—replicó el pobre residente, que hasta entonces había estado como atortolado.—Ya veis, el emperador le ha cedido al rey Carlos el palacio imperial de Compiègne, con sus cotos y bosques, durante su vida; una lista civil de treinta millones de reales, y el palacio de Chambord, á perpetuidad, sin contar con que el príncipe de la Paz sigue al lado de María Luisa. En cuanto al rey Fernando, se le daba, si quería, la corona de Etruria, que Escoiquiz le aconsejaba aceptase; pero habiéndola rehusado se le compensa con los palacios y cotos de la Navarra francesa, un millón de renta y ochenta mil duros para cada infante. Además, el emperador, atento á todo, ha enviado á D. Carlos al príncipe Cambaceres, tan sabio, tan amable, que ninguna compañía podría encontrar más de su gusto el anciano monarca. Sin embargo, yo de Napoleón, hubiera escogido tal vez otro per-

sonaje, pues sé que M. de Cambaceres reprueba la política seguida por el emperador en España, que califica de funesto mercado. En cambio, el rey joven lo pasará divinamente, acompañado de mi siempre querido jefe Mr. de Talleyrand. «Allí, en Valencey, se le tendrá distraído y ocupado; y creo que si se inclina á alguna señorita hermosa, no habrá inconveniente alguno en dejarle, sobre todo si hay seguridad (1).» Del modo que se han puesto las cosas, otro emperador le hubiera encerrado á D. Fernando en algún fuerte castillo, por ejemplo Rotche, Ham, etc.; pero como el emperador Bonaparte es tan bueno y humano, ha bastado que D. Fernando le prometiese no hacer nada sin su orden para enviarle al campo rodeándole de placeres. Creo que no cabe ser más amable. En cambio, ¡qué rey tan excelente os han mandado! Digno en un todo de la mayor corona de que dispone el emperador, después de la de Francia. El rey José es una persona ilustrada, queridísima de su hermano, que le prefiere á todos los demás; sensato, dulce, pacífico. Si vale decirlo todo, yo creo que hubiera sido más á propósito para el cargo el mariscal Murat, mi ilustre amigo, á quien obedecen ciegamente los generales, y es campechano, franco, bien plantado; pero, de todos modos, ya veréis qué contentos se van á poner los españoles con el nuevo rey.

IV

—Pero ¿así se dispone de la suerte de una nación? —exclamó Espinosa.—¿Cuándo la violencia y el fraude han sido armas de buena ley? Aunque España estuviese realmente necesitada de una monarquía que la regenerase, ¿no comprendéis que es un ultraje sangriento querer imponerle un rey á la fuerza, arrebatándole traidoramente el suyo legítimo, menospreciando su amor patrio, no consultando para nada su voluntad y atacándole en la más delicada de sus fibras, que es en su independencia? No creáis que haya un solo español honrado que acepte la nueva monarquía, porque aun los que reconozcan en José Napoleón las más bellas prendas, le harán una guerra sin piedad por la manera cómo ha usurpado el trono. La nobleza, el ejército, la clase media, el clero, los frailes, el pueblo, liberales y absolutistas,

(1) Carta de Napoleón á Talleyrand.

republicanos y monárquicos, se confundirán en un solo partido que hará al emperador una resistencia desesperada.

—No lo creáis, amigo mío: la nación recibirá al nuevo rey con el mayor júbilo, y, en cuanto á esas partidas insurrectas, ya veréis cómo se deshacen como un soplo al empuje de nuestros formidables ejércitos mandados por expertos generales.

—Eso es lo que os niego: la guerra de España le costará la corona á Napoleón.

Al oír esto el buen residente, se vió acometido de un acceso de risa que le llegó á producir una verdadera convulsión.

—¡Me ha hecho gracia... me ha hecho gracia lo que me habéis dicho! Ya me figuro al general Castaños derrotando á Moncey ó á Dupont, al pobre Massena emprendiendo la retirada, á Marmont, á Soult, á Jourdan vencidos... ¡Vamos, que en mi vida he visto mejor ejemplo de la arrogancia castellana! ¡No se le hubiera ocurrido al más *finchado matamoros* de vuestras comedias tal fanfarronada como la de que España ha de hacer caer la corona imperial de la cabeza de Napoleón Bonaparte!

—Señor residente, ¿no creéis en los milagros?— dijo entonces La Romana, que se acercó al grupo.

—Verdad decís, que sólo por un milagro sería posible lo que esos señores creen.

—Pues habéis de ver muchos, M. de la Citrouillière.

—Veo que vos también, general, abrigáis hartas esperanzas y no tomáis las cosas con aquella filosofía, aplomo y serenidad propias de un gran caudillo. Estáis, no prisioneros, pero sí sometidos al imperio de Napoleón. Sois sus aliados, y, porque lo sois, ya veis cuán perfectamente se ha portado, pues podía haberse vengado en vosotros del desastre sufrido en Cádiz por la escuadra y no lo ha hecho. Por supuesto que yo me he encargado de poner en su verdadero punto las grandes cualidades que os adornan y las bellas prendas que tanto os enaltecen. Creedme, no os prometáis resultado alguno de los hechos y gestas de los insurgentes, de esos brigantes, que no sé por qué motivo han de tener tanta rabia á los civilizados y generosos franceses. Estaos quietos, y cuando José Napoleón se haya sentado en el trono, apresuraos á reconocerle y acatarle, y ya veréis cómo entre eso y las recomendaciones que de vosotros tengo hechas conseguiréis que se os devuelva

á la patria, por supuesto, así que se haya retirado hasta el último insurgente; y una vez ya en vuestras ardientes Castillas, podréis entregaros de nuevo, con toda fruición, á tocar la guitarra y las castañuelas, á hacer procesiones sangrientas, á celebrar corridas de toros y á dar serenatas á las andaluzas marquesas de Barcelona y á las castellanas de Alicante, Orihuela y la Coruña. Sí: una vez de regreso á vuestros hogares, podréis comer la suspirada olla podrida, entablar pendencias con los alcaldes, presentaros ante vuestras damas después de haberos ensangrentado el cuerpo con puntiagudas disciplinas, ofrecerles turrone, trabar con ellas animadas pendencias hasta que desaten de la liga la matadora navaja; y entonces, al son de una pandereta, os encaminaréis los dos á una venta situada en medio de una árida llanura, y allí vengan ajos, cebollas y vinagre, porque ya sabemos el horror que os da la cocina francesa; allí, como en los buenos tiempos del gran español D. Quijote de la Mancha, echaréis copita tras copita de Valdepeñas, pasaréis luego el rosario, y á dormir. ¿No es verdad, sobrina mía, que esta vida española parece que tiene cierto sabor árabe y recuerda las heroicas hazañas y los singulares amores del *Romancero*?

V

La sobrina estaba como una grana y miraba á Espinosa con expresión tan suplicante que el digno coronel sintió apaciguarse su sangre, que hervía de cólera y de risa al oír las sandeces de aquel precursor de otros autores.

La Romana creyó oportuno no responder nada, pero Garroyo no tuvo paciencia.

—Bien se conoce, señor residente,—exclamó,—que tenéis formada de nosotros una idea muy equivocada, creyendo que una vez libertados, digo, relevados del servicio que tenemos la inmensa dicha de poder prestar al emperador, vamos á quedarnos en nuestro salvaje país. Nada de eso: todo el que tenga cuatro cuartos se establecerá en Francia, dejando para los simples y los pobres las áridas Castillas, el horrible Aragón, la horrorosa Andalucía, la estéril Valencia, la feroz Cataluña y la despoblada Galicia. Bien se echa de ver la bondad de vuestro corazón en la risueña, pero ¡ay! errada perspectiva que nos habéis presentado de los goces de nuestro país. No,

no: jamás pienso volver allí. Habéis hablado de las andaluzas marquesas de Barcelona. ¡Oh! ¡Si las vierais! Son amarillas, amarillas como el azafrán, porque en Barcelona todo es amarillo, las casas, las piedras, la nieve cuando cae, las ropas, el papel, la tinta, el mar, las estrellas y los árboles. Yo no he estado nunca, pero me lo dijo un francés. Si fuerais á Valencia veríais unas flores sin color, unas mujeres como unos elefantes, cuatro árboles raquícos y unos naranjos que dan lástima. En Andalucía, ¡Jesús, qué mujeres! Eso de Sevilla, que tanto ponderan, es un villorrio; Cádiz un poblachón lleno de suciedad, Granada un montón de pedruscos, y Córdoba un mal lugarón con un adefesio por catedral. Dios os libre de poner los pies en la Coruña: tiene un puerto que no he visto cosa más fea. Pues ¿y Aragón? No se encuentra tierra más desleal, ni gente más inhospitalaria, ni hombres más alfeñiques. La comida no es, como decís, un revoltijo de ajos y cebollas: ¡qué pagarían! Allí los nobles comen nabos, la clase media pan de centeno, y el pueblo bellotas. El vino puede pasar, pero donde están el Burdeos y el Borgoña bajan la cabeza Jerez, Málaga, el Priorato y la Mancha. No hay ningún recuerdo glorioso: cuatro tonterías de los moros, algunas conquistas aragonesas, el Nuevo-Mundo, y aun hay quien tiene la avilantez de contar como una proeza Pavía y San Quintín. En nuestro pasado no se registra ni un hombre de estado, ni un escritor mediano, ni un poeta pasadero, ni un pintor de fama. Cuatro frailucos que habitan en madrigueras como Ripoll, Piedra, Poblet, Santas Creus, Sahagún y la Cartuja de Jerez; unos cuantos arsenales sin valor; Salamanca y Alcalá como universidades; Barcelona, un puerto con un par de jabeques; y pare V. de contar. El pueblo es lo más ignorante y rudo de este mundo: dejadle tocar la pandereta y no le contéis para otra cosa. No, monsieur Anatolio, no: en manera alguna volver á España. Así que nos vayamos de aquí, iremos á vivir en Francia.

—No creo que sea tanto como decís,—repuso el residente;—pero que tenéis razón en muchas de las cosas que habéis dicho, no me cabe duda.

—En todo, en todo, y aun me he quedado corto. Ya veréis qué pifias van á cometer esos brigantes que se han levantado. ¡Si cuando me figuro á Castaños metido á general en jefe, no puedo contener la risa! Pues ¿y Palafox? ¡Figuraos un hombre que

desdeñó los favores de la reina cuando era guapa, un muchachuelo de veintiocho años al frente de la capitanía general de Aragón! ¡Y será capaz de resistir si le sitian Zaragoza! ¡En buenas manos estará el panderero! En fin, que me gustaría que les pegasen fuerte á esos infames que no quieren aceptar el honor que les dispensa nuestro grande emperador mandándonos un rey que no nos merecemos.

—No podéis figuraros cuánto me felicito por vuestro modo de pensar. Hoy mismo he de escribirle al señor príncipe de Ponte-Corvo para recomendarle un tan entusiasta admirador de Francia como demostráis ser con vuestras elocuentes palabras.

VI

—Pero ¿cómo dejar de serlo toda persona de nobles sentimientos? Da envidia vivir bajo el cetro de un soberano como Napoleón. Así, como él, me gustan á mí los hombres. ¿Qué tiene que ver el que haya sido incestuoso? Los incestos no rezan con él. ¿Qué importa que haya reducido á la Francia al último grado de la servidumbre y la bajeza? Le ha dado gloria. ¿Qué necesidad tiene su nación de contar con poetas, pintores, sabios, artistas, filósofos, oradores, economistas, inventores, ni otra clase de haraganes? Bástanle sus mariscales y sus reclutas, mujeres que paran muchos hijos, labradores que paguen fuertes contribuciones y oficiales que sepan enseñar el ejercicio. Diréis que van desapareciendo de Francia la ilustración, el arte, la industria, la agricultura y el comercio, privados de libertad, de estímulo, de brazos y de porvenir; diréis que la servidumbre en que yace, aniquila el talento, empequeñece la inteligencia, corrompe los sentimientos, trunca los ideales, aplasta el pensamiento, alienta las bajezas y desdeña los generosos ímpetus; pero todo queda compensado con hacer de Francia una gran nación. En cuanto á las semillas de odio inextinguible, eterno é implacable contra Francia; en cuanto á los rencores sembrados, á las ideas de desquite esparcidas por toda Europa, á los agravios perpetuamente perennes en las naciones hoy agarrotadas al yugo del vencedor; eso nada importa ni significa. Francia no será jamás vencida, jamás verá alzarse á su lado al gigante alemán, ni á sus pies la vengativa Italia, ni á lo lejos las sombras rencorosas del Austria de Austerlitz y de la Rusia de Eylau. Lo

dicho: en toda la tierra no hay más que una nación eternamente victoriosa y dominante: la Francia; un solo sabio, un solo artista, un solo banquero, un solo político, un solo actor, un solo pintor, un solo estadista y un solo guerrero: Napoleón Bonaparte. Esta es la suprema felicidad de sus vasallos. Propongo que no sea tan modesto y que mande á paseo al Papa, que derribe el cristianismo, que destrone á Dios y que funde el napoleonismo como religión, que se declare pontífice máximo y que se haga adorar como el Supremo Hacedor, conquistador y salvador del Universo entero. .

Garroyo había hablado con extraordinaria exaltación, y, mientras lanzaba sus sarcasmos, el buen residente le miraba embobado, concluyendo por aplaudir con todos sus cinco sentidos y sus cuatro extremidades. Julieta había bajado la cabeza y estaba encendida como una amapola. Espinosa y Casablanca parecían darle las gracias con los ojos. Porlier reía como un desesperado.

El residente se levantó y llevó á Garroyo junto á una ventana, hablándole misteriosamente. Casablanca se fué á fumar un cigarro. Los demás salieron á tomar el fresco en la playa, y quedaron solos Julieta y Espinosa.

VII

—No podéis figuraros cuánto sufro al pensar en vuestra situación,—dijo la bella joven.—Cuando os veo tan lejos de vuestro país, tan vigilados para que no os escapéis é impacientes por no poder prestar auxilio á los valerosos defensores de vuestra independencia, me figuro que debéis maldecir la Francia y sentir germinar en vuestros pechos odio eterno á los que de tal manera roban y aherrojan á los pueblos.

Espinosa no pudo contener un movimiento de simpatía hacia la hermosa compasiva.

—Señorita,—respondió,—aunque rudos y poco reflexivos, sabemos distinguir entre el emperador y la nación: el primero aflige al mundo con sus guerras sin razón y sin objeto formal; la otra sólo merece admiración y encomio por sus servicios en bien de la libertad de los pueblos, por su maravilloso apostolado de la dignidad humana y por la proclamación de los principios del 89. Tenemos en nuestro país un extraño refrán que dice que no hay mal que por bien no venga. Sin la guerra injusta, abominable y traidora que ha provocado Napoleón, España no ha-

bría hecho su 89. Vosotros lo hicisteis en defensa de la libertad: nosotros aparentamos hacerlo por una idea... ¡qué digo por una idea!... por un personaje tan triste como Fernando VII, pero en el fondo es lo mismo. De este movimiento fernandista, de esta guerra por un rey sin corazón ni talento, va á surgir la libertad de España. A no ser la provocación bonapartista, todo hubiera seguido como en tiempo de Carlos IV, gracias á esta guerra la nación ha comprendido que había sonado la hora de salir de su abyección. El pueblo despertará, las aletargadas fibras de su dignidad se sentirán sacudidas violentamente y se abrirá para España una nueva era. Ya de hoy más no será posible en mi patria la tiranía. Naturalmente que, antes de conquistar en definitiva su libertad, habrá cruentos episodios, sangrientos combates; pero el punto de partida está ya restablecido, Napoleón ha pretendido esclavizar á España y la habrá enseñado á ser libre. Él le habrá abierto los ojos, él habrá batido las cataratas que los ofuscaban, él, como nuevo Jesús á Lázaro, le habrá mandado andar cuando creía retenerla en las redes de su ambiciosa concupiscencia.

—Pero ¡cuánta sangre, cuántas vidas, cuántas preciosas existencias va á costar esta guerra!—exclamó Julieta.

—En eso tenéis razón. Francia va á quedar desangrada: centenares de miles de cadáveres franceses encontrarán sepultura en los campos de la península; correrá á ríos la sangre; la guerra será sin cuartel, horrible, inhumana. Los vuestros emplearán el terror: los nuestros se cebarán en los que puedan. Sangre inocente de niños, de débiles ancianos y mujeres teñirá los campos y ciudades. Somos testarudos y despreciamos la vida, y nada nos importará morir mientras podamos matar. El rojo fulgor del incendio alumbrará nuestras derrotas: el rojo matiz de la sangre alfombrará nuestras victorias. Estrago, ruina, desolación, lágrimas y fieros gritos de rabia y de venganza serán los tristes compañeros de los vencedores y de los vencidos. Napoleón caerá sin fuerzas después de la jornada: España, débil, vacilante y cubierta de escombros y pavesas, renacerá después de la sangrienta prueba.

—¡Morir, incendiar, destruir, caerse, maldecir... horrible cosa!

—Perdonadme, señorita, que así os afija...

—No es preciso que vos me lo digáis para que yo

lo piense. ¡Y vos entraréis en cada batalla, mataréis, quemaréis, vuestros brazos se teñirán de sangre, vuestros pies hollarán el suelo plagado de cadáveres, siblarán las balas junto á vuestra cabeza, flamearán los aceros contra vuestro pecho! Cuando la fatal campana toque á rebato, será por orden vuestra; cuando la aguda trompeta dé la señal de ataque, vos lo habréis mandado; cuando rechinen los sables y las descargas espantosas ensordezcan los aires, vos estaréis en medio; vuestra voz será la que, imperiosa y vibrante, dominará en lo más recio del ataque, en lo más desesperado de la defensa; y algún día... ¡No, por piedad!... ¡No os mováis!...

—¡Julieta!—exclamó, lleno de angustia, Espinosa.

—¡No os mováis! ¡No huyáis de aquí! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Protegedlos siempre!

—¡Julieta!—volvió á decir el coronel.

—¡Por cuanto améis en este mundo no dejéis estas islas! Lo sé todo: sé que Méndez lo tiene todo dispuesto para la huida... ¡Espinosa, no vayáis á la muerte!

—¿Conque todo lo sabéis?

—Sí, por mi desdicha. Pero prometedme que no os iréis.

—No puedo: el deber lo exige.

—¡Maldito deber el de matar!

—La patria nos invoca, nos necesita: somos sus hijos, cuenta con nosotros.

—¡No vayáis vos!

—Antes que nadie.

—¡No!

—He de responder de los demás, los he de conducir á la victoria ó á la muerte.

—¡No!

—Sin remedio. Ni uno solo de mis soldados deja de arder en deseos de pelear por la dignidad de España.

—¡No vayáis vos!

—¡Eso es pedir mi deshonra!

—¡La muerte os espera afanosa! ¡La primera bala será para vuestro corazón!

—Me importa poco.

—¡Espinosa! Si morís vos, moriré yo también.

VIII

El coronel quedó inmutado.

—Julieta, ¿qué decís?—exclamó.

—Digo que si vos vais, yo me iré con vos.

A Espinosa le pareció como si hubiese caído un rayo á sus pies.

—¡Imposible!—contestó.

—¿Os quedaréis?

—No puede ser.

—Pues me tendréis á vuestro lado cual si fuese una sombra.

—Repito que no puede ser.

—Repito que será. Ahora obrad como os parezca.

—Pero vos... ¿Qué idea...?

—Eso no es cuenta vuestra.

—Julieta, serenaos.

—Serena estoy.

—Pues si lo estáis, comprended á lo que me obligan mi posición, mis compromisos y mi deber.

—No comprendo nada.

—¡Julieta!

—Espinosa, nada os pido ya.

En este instante volvieron al salón los tertulianos, y con admirable rapidez Julieta trocó sus lágrimas por una sonrisa encantadora.

Espinosa estaba cabizbajo y taciturno.

—Señores,—exclamó el residente;—hemos salido á dar un paseito, y el señor comandante de la flotilla ha sostenido que se veían luces en una embarcación lejana. Creo que estoy en el deber de redoblar mi vigilancia por si la pérfida Albión intentara un desembarco en esta isla. Si este caso llegara, cuento con que los valientes españoles se batirían como leones, como chacales, como panteras, como...

—Sí, señor: nos batiríamos como unos desesperados,—exclamó Garroyo,—y os puedo jurar que así que se acerque un buque inglés, aunque no me siga nadie, le abordo como un tiburón, como un delfín, como un perro de mar, como una ostra...

—¿Como una ostra?

—Sí, señor: como una ostra.

—¡Je, je! Es ocurrente este Sr. Garroyo.

—Mucho, mucho; pero lo seré más cuando vea la escuadra inglesa.

—No hay que tomarlo con tanto calor.

—¡Con un calor de ciento sesenta grados Reaumur! ¡Pillos! ¡Infames!

Esos adjetivos no tenían sustantivo, pero Garroyo y M. de la Citroullière los imaginaron diferentes.

CAPÍTULO IV

¡Viva España! ¡Muera Napoleón!

I

EL leal corazón de Espinosa había sufrido rudos embates con la inesperada revelación de Julieta, y su participación en el noble complot para fugarse del cautiverio hacía que todos los momentos fuesen para él siglos de inquietud al considerar que la francesa poseía el secreto de la trama. Nada dijo, sin embargo; pero sus amigos comprendieron que algo le pasaba al coronel que le tenía desazonado.

Julieta no había vuelto á hablar á solas con él, evitando todas las ocasiones en que podían encontrarse frente á frente y sin testigos. Sin embargo, era visible la tranquilidad de sus facciones y la palidez de su semblante.

Era el día 23 de junio de 1808, vispera de San Juan. Espinosa pensaba en la original aventura del castillo de Rehinsberg; Casablanca y Garroyo en Madrid y Zaragoza. Todos habían acudido á la tertulia en un estado de ánimo poco á propósito para conversar ni entretener el tiempo.

También el marqués de La Romana parecía poco expansivo. Porlier mismo no alardeaba de su eterno donaire.

El residente, en cambio, hizo una entrada risueña, triunfal, cual la de un emperador romano de vuelta de la Dalmacia ó de la Cirenaica. A su lado Julieta estaba sin color ni aliento, sin los elegantes atavíos de costumbre ni la sonrisa de siempre.

M. de la Citrouillière se dirigió al marqués de La Romana, que estaba leyendo en una mesita *La retirada de los diez mil*, y le dió un golpecito en la espalda.

El marqués se volvió y no pudo disimular un gesto de disgusto al ver al residente.

—Amiguito, hoy sí que os propongo un dilema que no tiene vuelta de hoja. Ved, ved, señores españoles, el importante pliego que acabo de recibir.

El residente sacó de lo más profundo de los bolsillos de su frac una cartera, y de ella extrajo un desmesurado pliego lleno de sellos y muy lacrado, entregándolo al marqués.

Este, con un gesto de mal humor, tomó el despacho y leyó lo siguiente:

«*Ministerio de Estado*.—S. M. Don José Napoleón Bonaparte, Rey de las Españas, se ha dignado disponer que las tropas al mando de V. E. presten inmediatamente el juramento de acatamiento, sumisión y fidelidad á su Real persona, dándome cuenta sin pérdida de tiempo de si hay en los regimientos algún individuo tan exaltado que no quiera conformarse con esta soberana disposición, desconociendo el interés de la familia Real y de la nación española.—Madrid 15 de junio de 1808.—*Mariano Luis de Urquijo*.—Excelentísimo Sr. Marqués de La Romana, general de la división española en Dinamarca.»

II

El marqués guardó el papel, sin contestar á las preguntas del residente más que con medias palabras.

—Ahora esta carta,—repuso Anatolio.

El marqués rompió con mal humor el sobre y leyó otra vez:

«Mi querido general: Es preciso que V. S. y la división de su digno mando juren en seguida fidelidad al nuevo rey de España. De otra manera tendría que valerme de ciertos medios que deploraría verse obligado á emplear su afectísimo amigo—*El Mariscal Bernadotte.*»

La Romana arrugó el ceño y continuó en su mutismo.

—Pero ¿no decís nada, marqués?—exclamó impaciente M. de la Citrouillière.

—Sí, digo,—contestó D. Pedro Caro con suma displicencia.

—Pues decid.

—Digo que mañana será otro día.

—¡Mañana!

—Es la palabra más española que hay.

—¡Pero la cosa no tiene espera!

—La tendrá.

—Hay que hacerlo pronto.

—Se hará.

—El tiempo apremia.

—No tanto.

—He recibido órdenes terminantes.

—Pero no para jurar de noche.

—¡Me comprometéis!

—¡Pardiez! Tomad paciencia vos, que harta tomamos nosotros.

—Os ruego que me digáis vuestra intención.

—La noche es mala consejera.

—Las tropas pueden traslucir algo.

—Me seguirán en lo que yo disponga.

—¡Por Dios, marqués!

—¡Aguardad, con mil demonios!

—¡Estoy en ascuas!

—¡Y vos me estáis friendo!

—¡Acabad!

—¡Dejadme en paz!

III

El residente volvió la espalda muy disgustado.

El marqués pidió permiso para retirarse, y lo hizo

seguido de Espinosa, Garroyo, Casablanca y Porlier.

Dirigióse á su cuarto y entregó los despachos al coronel.

—¿Qué hacemos?—preguntó.

—No hay para qué preguntarlo: no se jura,—contestó Espinosa.

—No se jura,—repuso Garroyo.

—No se jura,—añadió Casablanca.

—No se jura,—dijo á su vez Porlier.

—Haceos cargo de mi responsabilidad, amigos míos,—exclamó el marqués.

—Todos la compartiremos.

—No podemos hacer lo que quisiéramos, sino lo que más convenga para lo sucesivo.

—¡Jurar, nunca!

—Pensad que Bernadotte puede mandarnos á otro punto más distante.

—Le recibiremos á tiros.

—Ellos son más.

—Que nos maten: así acabaremos antes.

—¿Contáis que la Princesa jurará si vos lo mandáis?

—¡No! Yo no respondo de mi regimiento.

—¡Ni yo de mi batallón!

—¡Ni yo!

—¡Y yo no juro, aunque me descuarticen!—dijo Porlier.

—Amigos míos, la situación es grave.

—¡Jamás nos deshonoraremos!

—Por consideración á mi amistad os ruego que juréis, salvo después declarar nulo lo jurado.

—¡Nunca!

—¿Y si los regimientos llegan á saber esto y se sublevan?

—Harto tardan.

—¡Señores, señores, que vais á exponer la suerte del ejército y á comprometerme á mí!

—Eso no: lo que haremos será no seguimos, pero siempre respetaremos vuestros actos.

—Os pido consejo.

—Ya sabéis lo que pensamos.

—Oid un momento: si resultase que José ha subido al trono sin oposición del pueblo español, ¿juraríais?

—¡No!—contestó Espinosa.

—Sois intratable. ¿Y vos, Garroyo?

—Tampoco.

—Casablanca: ¿juraríais vos?



—Creo que puede jurarse con la cortapisa que habéis indicado.

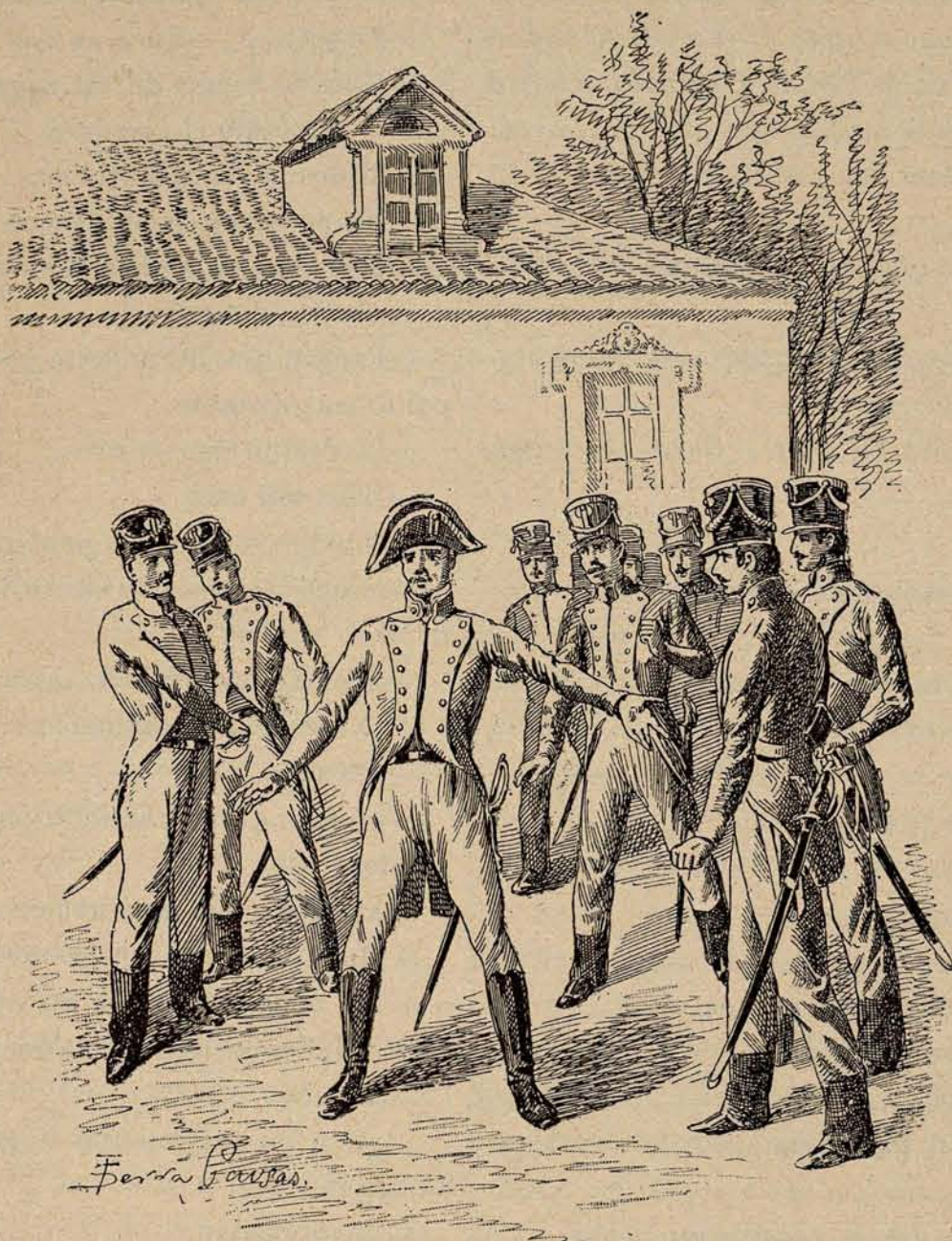
—¡Gracias á Dios! Juanito: ¿jurarás tú también de este modo?

—Si yo mandase cuatro soldados, no; pero un ayudante *comme il faut* debe sacrificarse por su general. Juraré como Casablanca.

La conversación terminó y se despidieron, retirándose el marqués muy afectado

IV

Pasaron todos la noche en la mayor agitación. Espinosa fué á dormir en el cuartel y dió orden para que lo hicieran todos los oficiales.



—¡Soldados!—volvía á gritar Garroyo.—¡Muera Napoleón!

Al toque de diana oyóse un sordo rumor en las cuadras. El coronel prestó atención y no tardó en convencerse de que se trataba de un grave alboroto.

—¡Viva España! ¡Muera Napoleón!

Este grito, lanzado por Garroyo, que mandaba el tercer batallón, era repetido con frenesí por todo el regimiento.

Pronto se oyó tocar á botasillas, y el regimiento de dragones de Almansa vino á unirse al de la Princesa, dando iguales gritos.

Los dos regimientos salieron á la calle, sublevados, frenéticos, alborotados, impetuosos, dirigiéndose á la plaza, donde estaba la casa del gobernador.

Á cada momento presentaba la insurrección más imponente aspecto.

—¡Soldados!—volvía á gritar Garroyo.—¡Muera Napoleón!

—¡Muera! ¡Muera! ¡Muera!—respondían tres mil voces amenazadoras.

—¡Viva España!

—¡Viva!—contestaban, mezclándose los gritos con los acordes de la marcha real.

Los vecinos de Nyborg sentíanse sobrecogidos de espanto al reparar en el airado semblante de los soldados.

—¡Al primero que hable de fidelidad al francés, le abraso!—exclamaba un oficial de caballería.

—¡Pobre del que se atreva á pronunciar el nombre del usurpador sino para maldecirle!—replicaba otro.

Ortego, ascendido á sargento, juraba por los cuatro santos de Murcia que al que vacilara en lo más mínimo le abría en canal.

—¿Será capaz de hacernos jurar el marqués?—exclamaban entre filas.

—Aunque quisiera, el coronel no consentiría.

—Veremos qué nos dira Espinosa.

—Por allí viene.

En efecto, Espinosa se presentó á caballo.

—¡Soldados!—exclamó con su voz acerada.—Retiraos tranquilos, porque nada juraréis. Sí: una cosa, una sola.

Reinó profundo silencio.

—¡Soldados!—repuso.—¿Juráis ser siempre fieles y leales á la patria, y defender hasta la muerte su independencia?

—¡Sí, juramos!—repitieron frenéticamente los sublevados.

—¡Soldados! ¡Gracias en nombre de la nación! ¡Viva España!

—¡Viva! ¡Viva nuestro coronel!—respondió Garroyo.

Una aclamación entusiasta acogió las palabras del comandante.

Los regimientos volvieron á sus cuarteles y Espinosa se fué á ver á La Romana.

V

—¿Qué voy á hacer ahora,—le preguntó el general,—con las tropas de Fionia sublevadas?

—Ya lo veis: ni insinuar siquiera nada de juramento.

—Garroyo me ha hecho una mala pasada y os la ha hecho á vos.

—Su batallón echaba chispas, y para evitar desmanes ha creído prudente conducirlo él mismo.

—Espinosa, estamos muy mal.

—Pereceremos defendiendo la honra de nuestra patria y negándonos á acatar al usurpador.

—Pero antes vamos á tener alguna desazón. Si alguien osa arrostrar la ira de los soldados, va á ser víctima de su furor.

—Ningún buen español se atreverá á provocar á los soldados proponiéndoles que juren á José Napoleón por rey.

—Sin embargo, Kindeland...

—¡Bah!

—¿Os dura todavía la inquina con él?

—¡Inquina! No le considero digno ni aun de mi desprecio.

—Si él consigue que sus tropas juren y las de Fionia siguen en sus trece, Bernadotte nos vigilará más de cerca y se nos frustrarán todos los planes.

—Aunque nos meta en el mismo infierno nos escaparemos.

—¡Espinosa, Espinosa! ¡En buen lío estamos metidos!

—Dejadlo todo para mí.

—Me haríais un favor inmenso si quisierais correr con este negocio.

—Pues quedamos convenidos. Vos escribid al rey y á Bernadotte lo que os parezca, aunque sea llamándolos pimpollos. Las tropas os seguirán cuando yo quiera.

La Romana quedó tranquilo. Encontrábase en una de aquellas situaciones en que su ánimo fluctuaba, y Espinosa le había dado un consejo preciso y categórico. Escribió á José y á Bernadotte cartas tal vez harto lisonjeras, pero con honrosas restricciones que en nada comprometían su libertad de acción para lo sucesivo.

Por la noche el residente quedó lleno de estupor al ver entrar á Espinosa en el salón.

Éste se le acercó, y le dijo en tono muy misterioso:

—Señor residente: el orden social, base y fundamento de todo gobierno sólido y respetable; las altas conveniencias de las relaciones internacionales; el delicado tino con que los verdaderos hombres de Estado, los que como vos y yo ocupamos elevados puestos, deben proceder en los arduos negocios de la política; imponen á veces dolorosos deberes que no comprenden las vulgares inteligencias ni las cabezas poco perspicuas. Sin duda alguna que los deplorables sucesos de esta mañana os habrán producido

una penosa impresión; pero yo desearía imbuirlos el profundo convencimiento de que el orden público, momentáneamente alterado, hubiera podido sufrir mucho mayor menoscabo sin la conducta aparentemente revolucionaria de mis comandantes y de mi propia autoridad. Las válvulas de seguridad han funcionado en forma de nuestra intervención: gracias á nuestro desprendimiento, á nuestros ardientes deseos de concordia, hemos contenido un movimiento que, de no haberlo encauzado haciendo el sacrificio de nuestra lealtad, por decirlo así, externa y objetiva, Dios sabe á qué funestas consecuencias hubiera podido dar origen y pretexto. El profundo convencimiento que abrigamos de haber contenido con nuestra participación en la revuelta los estragos de una insurrección á mano armada, nos absuelve de toda censura que se nos pudiese dirigir. Gracias á nuestra intervención, todo ha vuelto á recobrar su primitivo aspecto, y el imperio de la ley vuelve otra vez á brillar resplandeciente. Sí: las tropas están acalladas y satisfechas, tienen confianza en sus jefes y será fácil hacer de ellas lo que se quiera. No veáis, pues, en mí, por lo tanto, á un rebelde, sino á un hombre que ha hecho el sacrificio de su reputación para servir los altos intereses de la sociedad, del orden público y de la familia.

VI

En este instante entró Garroyo y lo primero que hizo fué correr á abrazar estrechamente al pobre diplomático, medio mareado con las declaraciones de Espinosa.

—¡Qué triunfo! ¡Qué día!—exclamó el comandante del alborotado batallón.—Si repito que no hay imbéciles comparables á esos españoles. ¡Cómo se han dejado seducir! ¡Cómo han secundado todas mis intenciones! ¡Ya puedo hacer con ellos lo que quiera! ¡Son míos, míos enteramente! ¡Qué jugarreta les he hecho! ¿Verdad que ha sido el colmo de la habilidad, un verdadero alarde de diplomacia?

El atribulado residente no podía comprender en qué consistía la habilidad de Garroyo sublevando el regimiento al grito de *¡Muera Napoleón!* y negándose á prestar el juramento exigido; pero temió que su reputación de sutil político recibiría una profunda herida si mostraba desconocer la astuta y maquiavélica intención de Garroyo.

—Sí, verdad: habéis tenido un feliz pensamiento, —exclamó, por fin, sin saber qué decir.

—Pero eso no es nada. Ya comprendéis toda la trama de mi plan: ahora sólo falta una ocasión para aplastarlos.

El pobre residente creía ver visiones.

—Han de caer de rodillas pidiéndoos perdón, y entonces dispondréis á discreción de sus miserables vidas. ¡Ya veréis, ya veréis qué golpe!

Monsieur de la Citrouillière sentía que su cabeza le daba vueltas.

Garroyo continuaba implacable.

—Todo consistía en que no quisiesen obedecer, en que se negasen enérgicamente á jurar. Conseguido esto, lo demás es fácil.

El residente miró al comandante con ojos extraviados.

—Os confieso, sin embargo, que, sin mi pasión por Francia y sin mi especial cuidado en hacerme cargo de vuestros procedimientos diplomáticos, no hubiera conseguido jamás los espléndidos resultados del atrevido plan que he realizado, cuyo honor os corresponde á vos de derecho; á vos, sí, de quien tanto he aprendido, al fin y al cabo, como formado en la escuela del gran M. de Talleyrand Perigord, príncipe de Benevento.

El residente se enjugó el sudor que bañaba su frente y no quiso abrir la boca, temiendo descubrir que no había entendido palabra.

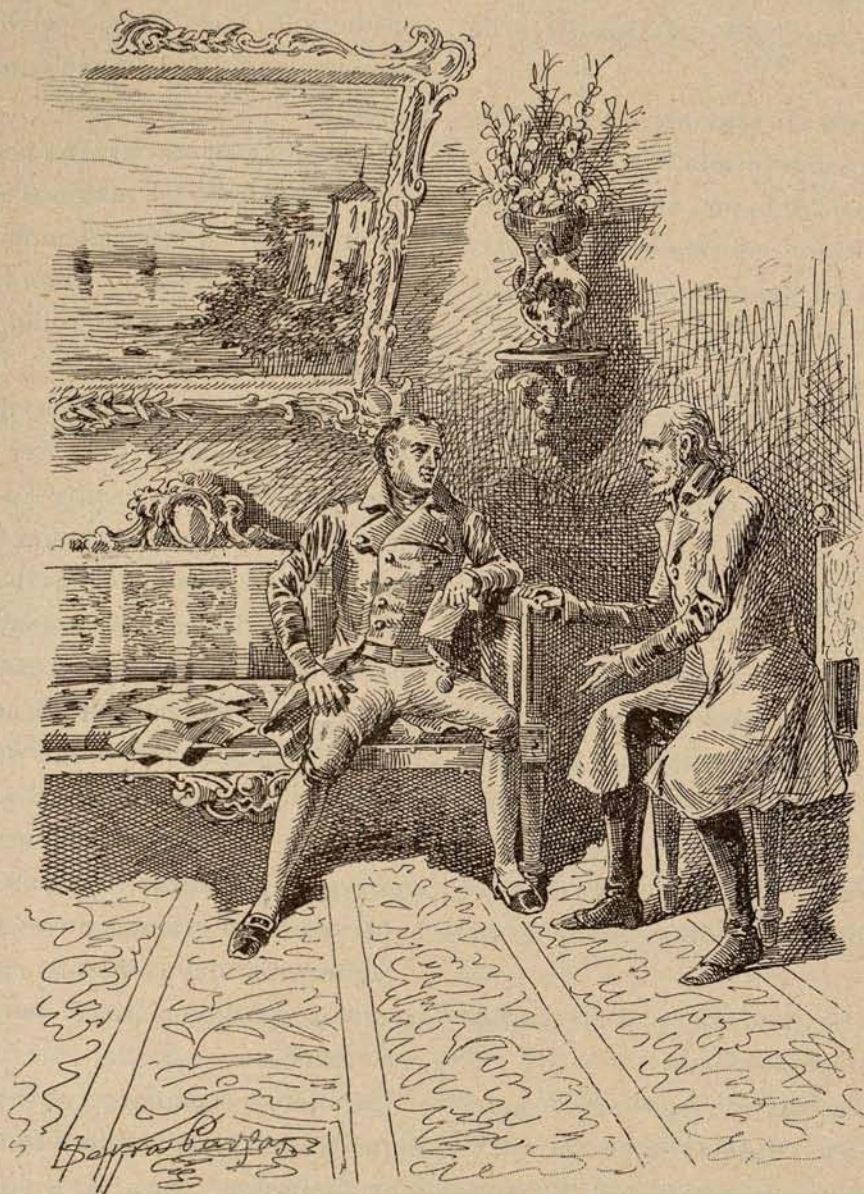
La Romana le entregó los pliegos para José Napoleón y el príncipe de Ponte-Corvo, haciendo que los viese.

El residente, loco de alegría al leer en clarísima letra bastardilla que el general felicitaba al intruso por su elevación al solio español, creyó que tocaba con las manos al cielo y que Garroyo era un Maquiavelo, un César Borgia ó una Princesa de los Ursinos en traje de comandante español.

Descansado, pues, acerca del feliz resultado del asunto del juramento, se entregó al placer de conversar, de bailar y de aplaudir toda la noche y las siguientes; pero, pasados tres días, recibió un despacho de Copenhague que le llenó de terror. Decía nada menos el papel que al intentarse exigir el juramento á los regimientos de Asturias y Guadalupe se habían sublevado abiertamente, revolviéndose contra el general Frivión, que iba con un ayudante; que el general debió su salvación á ha-

berle escondido en su casa el coronel de Asturias, pero que la soldadesca había asesinado horriblemente al infeliz edecán; que las tropas danesas habían atacado á las españolas, circunvalándolas, y que una vez dominado el motín los habían desar-

mado; y recomendaba rigurosamente que se ejerciera con los soldados cautivos en Fionia la más incesante vigilancia, sin perder de vista á La Romana, valiéndose sobre todo del espionaje, y, si era menester, de la fuerza armada.



—Soy Guillermo Robertson, clérigo inglés...

El residente corrió á participar á La Romana la infausta nueva. El general pareció haberse impresionado vivamente con la relación de la muerte del edecán de Frivión, y en seguida dió las órdenes más severas á Espinosa y al coronel de Almansa para que contuviesen todo movimiento de sedición en sus regimientos.

—¡Ya veis lo que se ha conseguido!—exclamó.— Que esos valientes regimientos se vean desarmados y sujetos á la más estrecha vigilancia. ¡Dios quiera que cuando llegue el día de nuestra liberación pue-

dan romper el círculo de hierro en que van á encontrarse envueltos, sin armas con que abrirse paso! Os recomiendo la mayor prudencia, y sobre todo mucho cuidado con los espías, pues supongo que se desplegará un verdadero lujo policiaco.

Al presentarse Garroyo por la noche en la tertulia, el residente le dijo con amargo tono:

—¡Ya veis, ya veis las horribles escenas de Zelandia! Los regimientos, indisciplinados, han asesinado á una víctima inocente. ¡Ah! ¡Me estremezco al considerar cuán cerca estuvo esta morigerada

capital de presenciar algo parecido el día que sublevasteis las fuerzas!

—¡Pero estimado amigo de mi alma! ¿Sois capaz de confundir un movimiento brutal y atropellado, como el ocurrido en Zelania, con la brillante combinación que llevé á cabo, con el hábil golpe diplomático que di para inutilizar toda tentativa de resistencia?

—Es verdad,—contestó el residente;—pero el hecho es que las tropas no han jurado.

—Pues ya veis: ahí está el toque, ahí está el gran mérito de nuestra operación, en esto estriba todo el complicado intríngulis del negocio. Sí, estoy orgulloso de ser vuestro último discípulo.

El residente volvió á quedar convencido de que Talleyrand era un niño de teta comparado con Garroyo, caso que no ha dejado de tener otros análogos en la diplomacia moderna, tanto nacional como extranjera.

VII

A los pocos días, ó sea á principios de julio, llegó á la isla un respetable varón, vestido con el traje de los clérigos franceses, y fué á instalarse en la misma fonda en que se hospedaban el residente y La Romana. Manifestó que una terrible tempestad le había arrojado á las costas de Fionia, que venía del Canadá y que era un admirador entusiasta del grande emperador.

Quedaron solos él y La Romana, y el pretendido canadiense le dijo en correcto español:

—Soy Guillermo Robertson, clérigo inglés, mandado por mi Gobierno á avistarme con vos para tratar de la manera cómo podéis volver á España, donde sois ardientemente esperado. Los diputados de Asturias y Galicia os han escrito muchísimas cartas que supongo no habrán llegado á vuestras manos. Aquí tenéis mis credenciales de agente.

La Romana leyó varios despachos, dando plenos poderes á Robertson para entenderse con el general español.

—La escuadra inglesa se acercará á la costa cuando creáis que haya llegado el momento oportuno. Disponed de los fondos que os sean necesarios. Mi condición de sacerdote me permite presentarme

en todas partes sin inspirar sospechas, por cuyo motivo podré ir á Langeland, á Jutlandia y á Zelania á llevar instrucciones á las fuerzas españolas acantonadas allí. No esperéis cartas porque hay orden de no entregaros ninguna, y es muy expuesto poner el pie en Fionia á un extranjero, por el peligro de ser considerado como espía español. Decidíos pronto, porque os aguardan impacientes las provincias levantadas.

La Romana se encontraba perplejo, y temía que, de llevar á efecto los planes de Robertson, no resultase en último caso beneficiado tan sólo el Gobierno inglés: hubiera querido entenderse con algún emisario español; pero desgraciadamente ninguna noticia tenía de las Juntas.

Después de muchas conferencias y conversaciones sobrado enojosas para ser repetidas, nada se concluyó en definitiva entre La Romana y Robertson, á pesar de que éste había tenido que pasar muchos peligros para poder arribar á Fionia.

Entretanto los españoles seguían privados de noticias: nada había llegado á sus oídos relativamente á las grandes victorias del Bruch, de las *Eras* y de Valencia; nada sabían tampoco de las derrotas sufridas por D. Gregorio de la Cuesta en Cabezón y Rioseco, ni de la heroica defensa de Zaragoza. Y, sin embargo, el corazón les decía á todos que debían haber ocurrido grandes novedades.

La tertulia del residente era un remedo de un congreso de diplomáticos: todo el mundo hablaba con reserva.

Un día, sin embargo, el último de julio, el digno M. de la Citroullière se mostró, al paso que muy deferente con los españoles, visiblemente cariacontecido y mustio: los suspiros que daba, sus distracciones, el lazo de la corbata algo incorrectamente anudado, ausencia de *calembours* en su conversación, y el haberse retirado antes de la hora de costumbre, hicieron creer que las armas imperiales habían sufrido algún contratiempo.

Julietta quedó á solas con Espinosa en un grupo, y le dijo rápidamente:

—Dupont ha sido derrotado en Bailén y hecho prisionero con todo su ejército. El rey ha huído de Madrid. Os vigilan mucho.

